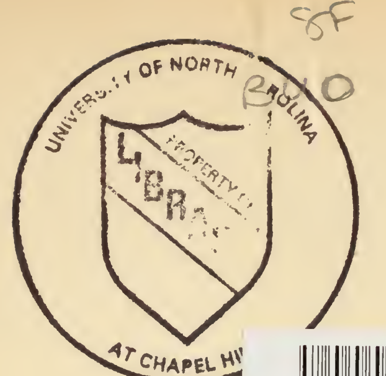

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL




a 00002 34007 8




LUX
LIBERTAS

El
Oro y el Oropel

15

# EL ORO Y EL OROPEL,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN DE ARIZA.

Estrenada en el Teatro de Lope Vega, el dia 21 de Octubre de 1853.



N.° 222.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 11.
1853.

| PERSONAS. | ACTORES. |
|---|---|
| ESPERANZA, *Duquesa del Alcázar*. . . . . . . | DOÑA JOSEFA PALMA. |
| LA CONDESA DEL ESCUDO. | DOÑA CONCEPCION SAMPELAYO. |
| JUANA. . . . . . . . . | DOÑA MARIANA CHAFINO. |
| BLASA. . . . . . . . . | DOÑA CÁRMEN MUR. |
| DON CARLOS ANDRADE. . | DON JULIAN ROMEA. |
| EL VIZCONDE DE TAJO. . | DON FLORENCIO ROMEA. |
| DON ANSELMO TALAVERA. | DON ANTONIO PIZARROSO. |
| EL CONDE DE CANTAPIEDRA. . . . . . . . . | DON LÁZARO PEREZ. |
| DON PASCUAL REAL. . . | DON ANTONIO GUZMAN. |
| MARTIN. . . . . . . . | DON CALISTO BOLDUN. |

SEÑORAS, CABALLEROS Y CRIADOS.

La escena en Madrid en 1853.

# ACTO PRIMERO.

Una sala elegantemente amueblada al gusto del dia, con dos puertas colaterales y una en el fondo. Sobre las mesas candelabros con bugías.

## ESCENA PRIMERA.

MARTIN.—BLASA.

BLASA. Muy buenas noches, Martin.
MARTIN. Muy buenas las tengas, Blasa,
ya que tarde, aunque sin daño,
nos vemos, prenda del alma.
Y que es sin daño te digo,
porque te encuentro muy guapa,
y no es señal de desdicha
ver una tan buena cara.
BLASA. Has dicho bien, que sin daño
nos vemos, que, en confianza,
el plato de la lisonja,
aunque es veneno, no daña.
MARTIN. Y mas cuando el lisonjero
está muerto por tus gracias,

y solo dice verdades,
aunque son dulces, no amargas.

BLASA. Discreto estás.

MARTIN. El amor,
cuando se toma con tasa,
aguza mucho el ingenio,
y hace subir las palabras,
del corazon á la boca,
un tanto acarameladas.
Yo te quiero.

BLASA. Se agradece.

MARTIN. ¿Pero nada mas?

BLASA. Se paga.
Ahora, dejando, Martin,
nuestras amorosas ánsias,
justo será que entablemos
otras importantes pláticas.
¿Qué opinas de esa señora,
parienta de nuestra ama,
que viene sin equipaje,
sin criados ni criadas?

MARTIN. Opino que debe ser
una pobre provinciana,
que no encontrando en su pueblo
novio, por falta de plata,
se viene á buscar la sombra
de una parienta lejana,
que es condesa, y que en la córte
no carece de importancia.
¿Piensas como yo?

BLASA. Martin,
me parece que te engañas;
porque he notado que tiene
cierto olor de aristocrácia.

MARTIN. No te diré que no sea
de condicion muy hidalga,
que no tenga diez cuarteles
el escudo de sus armas,
ni que no venga del Cid,
línea recta, su prosápia;
pero en cuanto á tener oro
digo, sin pararme en barras,
que la viajera es tan pobre

como las benditas ánimas;
y que en busca de un marido
viene...

BLASA. Si ha sido casada!

MARTIN. ¿Quién te lo ha dicho?

BLASA. Escondida
quedé tras una mampara,
y oí muy bien que del difunto
con nuestra señora hablaba.
Pero solo sorprendí
algunas frases cortadas,
tocantes á los galanes
que finos rindieron párias;
á quienes ella insensible,
ó tal vez desengañada,
sin quitarles de repente
halagüeñas esperanzas,
despues que nubes de incienso
alzaron sobre sus aras,
para conclusion de fiesta,
dió solemnes calabazas.

MARTIN. ¿Es archicoqueta?

BLASA. Sí.
¿Qué mujer muy festejada
no es, Martin, archicoqueta?

MARTIN. Guarda, Pablo.

BLASA. ¿De qué guarda?...

MARTIN. De qué ha de guardar. Tú eres
la perlita de esta casa,
encanto de los criados
y envidia de las muchachas.
El lacayo y el cochero,
y yo, el ayuda de cámara,
vemos los vientos por tí;
de modo que, cosa es clara,
que has de ser archicoqueta
ó no habrá ley en las cartas.

BLASA. ¿Lo temes así?

MARTIN. Lo temo;
y voy á estar con el alma
en un hilo hasta que el cura
junte nuestras manos blancas.

BLASA. Pues si sabes el remedio,

no te digo mas.
*(Quiere irse.)*

MARTIN. Aguarda.

BLASA. Lo dicho, dicho... Me voy,
porque estoy haciendo falta.

## ESCENA II.

MARTIN.

Lo dicho, dicho... Muy bien...
El remedio está en el cura...
Si la enfermedad apura,
*Requiescat in pace amen.*
*(Se queda pensativo.)*

## ESCENA III.

MARTIN.—DON ANSELMO.

ANSEL. Martin.

MARTIN. (Este mal de amor
es muy grave.)

ANSEL. (No responde.)
Martin. ¿Está el señor conde
en su cuarto?

MARTIN. Si señor.

ANSEL. Voy á verlo.

MARTIN. Dije mal.

ANSEL. Pues ¿qué me dices ahora?

MARTIN. Que hablando con la señora
condesa le ví.

ANSEL. ¿Si tal?

MARTIN. Si señor.

ANSEL. Pasa recado
al señor conde; que estoy
esperándole.

MARTIN. Ya voy.
*(Se vá por la izquierda.)*

## ESCENA IV.

DON ANSELMO.

Esperémosle sentado.
*(Lo hace.)*
Es por demas importuno
párias rendir á este hombre,
que tiene fortuna y nombre,
pero talento ninguno.
Porque, lo digo sin saña,
pero con noble fiereza,
yo soy la primer cabeza
gubernamental de España.
Y no hay que decir que no,
ni andar en bromas conmigo;
porque soy yo quien lo digo,
y cuando lo digo yo...
Yo, sí!... Con razon me exalto,
y con la razon me incomodo:
aquí do se toma todo
á la carrera, al asalto;
donde, sin ningun misterio,
se encumbra un nécio, un cualquiera,
no me han dado una cartera,
no regento un ministerio.
Y, para hacerme penar,
con la cartera me incitan;
me la enseñan, me la quitan,
me la vuelven á enseñar.
¡Ay! esto pide venganza,
sangrienta como ninguna:
no se juega así con una
ministerial esperanza.
Y, pues me eclipsan mi gloria,
han de conocer en suma
si sabe morder mi pluma,
y si punza mi oratoria.

## ESCENA V.

DON ANSELMO.—EL CONDE.

CONDE. Don Anselmo.
ANSEL. Señor Conde.
CONDE. ¿Qué hay de nuevo?
ANSEL. Casi nada.
CONDE. ¿La política?...
ANSEL. Callada,
ó se adormece ó se esconde;
en tanto que con pasion,
sin que nada le fatigue,
el ministerio prosigue
su senda de perdicion.
Desacierto á desacierto
añade en su desatino,
y está claro su destino.
CONDE. ¿Usted lo da ya?...
ANSEL: Por muerto.
Dimos las oposiciones
con él al traste, es corriente.
Se lo dije al presidente
al empezar las sesiones.
CONDE. ¿Le dijo usted?
ANSEL. Que si no
se reforzaba con hombres
respetables por sus nombres
y talentos, como yo,
tendria, de buen ó mal grado,
para evitar un esceso,
que disolver el congreso.
CONDE. Pues el consejo ha tomado.
Y, saliendo de ese afan,
toca los mismos registros
que antes.
ANSEL. Están los ministros
sentados sobre un volcan.
Ya de la revolucion
muge el revuelto oleage,
y es preciso que lo ataje

un génio, un gran corazon.
Es el peligro muy sério,
y el presidente lo espera
sin modificar siquiera
ese fatal ministerio;
sin que de un hombre de pro
se acuerde.

CONDE. Ha pensado en mí.

ANSEL. ¿Ha pensado en usted?

CONDE. Sí.

ANSEL. Es raro... Pues en mí no.
Y, para salvar la tierra
que tanto ha comprometido,
¿qué ministerio ha ofrecido
á usted, conde?

CONDE. El de la guerra.

ANSEL. ¿Y usted?..

CONDE. Lo he rehusado.

ANSEL. ¿Qué?...

CONDE. ¿Que he rehusado. Dí mi escusa.

ANSEL. ¿En España hay quien rehusa
un ministerio?

CONDE. Sí á fé.
Rehusa quien ministro ha sido
y ser pronto se promete
el gefe del gabinete.

ANSEL. ¿Usted?...

CONDE. Me lo he prometido.

ANSEL. ¿Pero esa promesa es
verosímil, es fundada?

CONDE. ¿Usted duda de ello?

ANSEL. Nada.

CONDE. Pues hablaremos despues.

ANSEL. (Ministro he de ser, por Dios,
cuésteme lo que me cueste.
Si pudiera entrar con este.)
Conde, para entre los dos,
yo sé que nadie podria
como usted regir osado
hoy el timon del estado,
defender la monarquía:
mas como no vá el honor
al mayor merecimiento,

y pueden mas que el talento
las intrigas y el favor,
temo...

CONDE. No hay de que temer.

ANSEL. ¿Tiene usted favor?

CONDE. Es llano;
y ya toco con la mano
la bengala del poder.
Comprenden bien que leal
sabré pagar los favores;
que tendrán en mí...

## ESCENA VI.

DON ANSELMO.—EL CONDE.—EL VIZCONDE.

VIZCOND. Señores,
hay crisis ministerial.

CONDE. Esperanzas lisonjeras
de ambicion desvanecida.
Alguna crísis fingida.

VIZCOND. No señor, que vá de veras.

ANSEL. Quien ayer ha conseguido
disolver el parlamento,
no caerá en este momento.

VIZCOND. No caerá, porque ha caido.
Mas, si no me dá usted fé,
déjeme con mis errores.

CONDE. ¿Quiénes son los sucesores
que se designan?

VIZCOND. No sé.

ANSEL. Pues me afirmo en lo enunciado,
Conde, que siempre ha tenido
todo ministro caido
un sucesor designado.
En la escala del favor,
y no me negarán esto,
antes que uno deje el puesto
otro pone el pié.

## ESCENA VII.

Don Anselmo.—El Conde.—El Vizconde.—Martin.

Martin. Señor.
Conde. Qué quieres!
Martin. Con grande urgencia,
*(Como dudando.)*
y mayor secreto...
Conde. Dí.
Martin. Queda un caballero allí,
y quiere hablar á vuecencia.
Conde. ¿Lo conoces?
Martin. No sé quién
es, señor Conde.
Conde. Muchacho,
házlo entrar en mi despacho,
y dile que voy.
Martin. Muy bien.

## ESCENA VIII.

Don Anselmo.—El Conde.—El Vizconde.

Conde. Grandes asuntos traerá
quien llega con tal misterio.
Vizcond. La crísis del ministerio.
Ansel. *(Llegándose al Conde con agasajo.)*
Puede ser.
Conde. Ello dirá.
Permítanme ustedes...
Ansel. Sí.
Conde. Veré lo que le interesa
tanto. Pronto la condesa
saldrá.
Ansel. Esperamos aquí.

## ESCENA IX.

DON ANSELMO.—EL VIZCONDE.

VIZCOND. ¿Vá usted prestando mas fé
á mi noticia?

ANSEL. Vizconde,
¿vendrán en busca del conde
para que forme?

VIZCOND. No sé.

ANSEL. Visita tan misteriosa
en un momento tan crítico.

VIZCOND. Como no soy gran político,
no me interesa gran cosa.

ANSEL. Quisiera saber...

VIZCOND. Yo quiero,
mas que aclarar esa duda,
que á nuestra tertulia acuda
la hija del rico banquero.
Ella es mi bello ideal.

ANSEL. Pues me parece muy fea.

VIZCOND. Y qué importa que lo sea
si tiene mucho caudal.

ANSEL. Es plebeya.

VIZCOND. No lo dudo;
pero yo tengo blasones,
y al frente de sus doblones
estará muy bien mi escudo.
De un apellido la historia
en siglo tan positivo
vale poco, el efectivo
es muy noble ejecutoria.
Y no han de encontrarse mal,
sin que pierda mi decoro,
sus esportones de oro
en mi palacio feudal.
Que forman union estraña
mi mendicante pobreza,
mi título y mi grandeza
de las mejores de España.
¿No es usted de mi opinion?...

ANSEL. Así, así.
VIZCOND. Pues la sostengo.
¿Usted qué busca?
ANSEL. Yo tengo,
vizconde amigo, ambicion.
Yo quisiera...
VIZCOND. ¿Usted quisiera?...
ANSEL. Hablemos en confianza.
VIZCOND. Hablemos pues.
ANSEL. Mi esperanza
se cifra en una cartera.
VIZCOND. ¿Plaza de ministro?
ANSEL. Sí.
VIZCOND. Cúmplase tan buen deseo.
ANSEL. Usted, segun lo que veo,
podrá hacer mucho por mí.
VIZCOND. A secundar su intencion
buenamente me acomodo;
pero no descubro el modo.
ANSEL. Présteme usted atencion.
Si la crísis es formal
y el viento sopla por donde
parece, darán al conde
el poder ministerial.
Solo no puede ejercer
la administracion y el mando,
é irá, vizconde, llamando
partícipes al poder.
Esto está bien claro.
VIZCOND. Sí.
ANSEL. En tal caso, yo quisiera...
VIZCOND. ¿Qué quiere usted, Talavera?
ANSEL. Que usted le hablase de mí.
VIZCOND. ¿Yo?
ANSEL. Usted.
VIZCOND. ¿Tengo yo favor
para imponerle un ministro?
Toque usted otro registro
mas seguro.
ANSEL. No señor.
VIZCOND. ¿Pues cómo?
ANSEL. De esta manera.
Si el conde encargado está

de formar, usted me dá
la enhorabuena.

VIZCOND. Quisiera
saber por qué.

ANSEL. Porque así
hará la frase su efecto,
y por un medio indirecto
lograré que piense en mí.

VIZCOND. Está bien. Me encargo de ello.

ANSEL. Sin vacilacion alguna.
Cuidado que la fortuna
no tiene mas que un cabello.

VIZCOND. Pues no quedará por mí
si usted no lo coje.

ANSEL. ¡Bravo!
No perderá usted al cabo
nada si yo medro.

VIZCOND. ¿Sí?

ANSEL. Tendremos fondos en donde
se necesiten.

VIZCOND. Me alegro.

ANSEL. Una gran cruz para el suegro.

VIZCOND. Bueno. Cuánto tarda el conde.
Pensemos en lo esencial,
buen amigo. ¿Qué cartera
prefiere usted?

ANSEL. Yo, cualquiera.
Todo ramo me es igual.

VIZCOND. Luchemos con alma y vida
hasta realizar la empresa.
Pero llega la condesa
con una desconocida.

## ESCENA X.

DON ANSELMO.—EL VIZCONDE.—LA CONDESA.—ESPERANZA.

CONDES. Estaban ustedes solos.
Lo siento mucho, señores,
y mi tardanza mil veces
les ruego que me perdonen.

ANSEL. Hace muy poco, señora,
que nos ha dejado el conde,
y la que nos honra tanto
no debe pedir perdones.

CONDES. Muchas gracias, Talavera.
Presento á ustedes mi jóven
y bella prima Esperanza,
recien llegada á la córte.
Esperanza, te presento
al elegante vizconde
del Tajo, grande de España
y de heredados blasones;
y al célebre diputado
por el distrito de Móstoles,
don Anselmo Talavera.

ANSEL. Deseamos que nos honre
con su preciosa amistad
esta señora.
*(Se sienta la Condesa, y á su derecha don Anselmo. Esperanza se sienta algo distante, y el Vizconde queda de pié no lejos de ella.)*

VIZCOND. ¿De dónde
viene usted? Si mi pregunta
no la incomoda.

ESPER. En San Roque.
nací, y en Sevilla y Cádiz
pasé mis años mejores.

VIZCOND. ¿Luego es usted andaluza?

ESPER. Sí.

VIZCOND. Pues no se le conoce.

ESPER. ¿Me falta el gentil donaire
que prestan los trovadores
á cuantas nacen al pié
de aquellas moriscas torres?

VIZCOND. No, por Dios; pero el acento
es tan castizo, que pone
en duda la procedencia.

ESPER. Puede que yo me equivoque.

ANSEL. *(A la Condesa.)*
¿Y deja esta señorita
por algun tiempo las flores
del Bétis, para pisar
los cortesanos salones?

CONDES. Los pisará mucho tiempo;
siempre que no la incomode
estar á mi lado.

ESPER. Prima,
no tengo mas protectores
que tú y tu hermano, y conozco
vuestros buenos corazones
demasiado, para que
de implorarlos me sonroje.

VIZCOND. ¿Es usted sola?

ESPER. Soy huérfana,
viuda, sin hijos y pobre;
*(El vizconde que ha estado á su lado, se retira y toma un asiento distante.)*
pues fueron mis pocos años,
cuando me casé, mi dote.

ANSEL. *(Haciendo conversacion particular con ella.)*
Siempre, adorable condesa,
para su tocado escoje
usted lo mas elegante.

CONDES. Gracias por tantos favores;
pero siempre es mi modista
la que mi adorno dispone.

ANSEL. ¿No cuida usted de ello?

CONDES. Nada.

ANSEL. Lo comprendo. Que se adorne
con esmero, dice usted,
quien necesita que abonen
su belleza los encajes
y la aumenten los colores;
no la que tiene hermosura
para que ciegos la adoren,
y fuego con que ablandar
los mármoles y los bronces.

CONDES. Estraño tan dulces frases
hallar en boca de un hombre
que la mar de la política
á todas velas recorre.
Si escucháran sus palabras
¿qué dirian los barones
del parlamento?

ANSEL. Dirian
que quien contempla esos soles,

trueca la ambicion de mando
por otra ambicion mas noble.

CONDES. ¿Qué ambicion?

ANSEL. La de alcanzar
un dulce sí que corone
las mas dulces esperanzas.
¿Lo conseguiré?

CONDES. Vizconde.

VIZCOND. Condesa.

CONDES. ¿Cómo tan mústio?...

VIZCOND. ¿Yo?...

CONDES. ¿Por ventura no corren
noticias, ó las oculta
para que no se las roben?...
¿De qué se trata en los círculos
elegantes? ¿No se ponen
á discusion los saraos,
las tiples y los tenores?
¿No presta el teatro Real
motivo á murmuraciones?
¿Alguna mujer notable
no brilla en el horizonte?..

VIZCOND. Sí, Condesa: una se espera
que debe llegar de Lóndres,
y de tema está sirviendo
á muchas conversaciones.

CONDES. ¿Quién es? si puede decirse,
amigo mio, su nombre.

VIZCOND. La duquesa del Alcázar.
Dicen que es hermosa, jóven,
viuda, opulenta y discreta.

CONDES. Pues, con tantas perfecciones,
el fénix de las mujeres
será.

VIZCOND. Han llegado sus coches,
y en su palacio se han hecho
brillantes restauraciones.

CONDES. He tratado á la duquesa.

VIZCOND. Condesa, ¿usted la conoce?

CONDES. Sí; se marchó de Madrid
cuando tenia catorce
años, por cierto que ya
habrán pasado unos doce,

para dar mano de esposa
á un pariente; y desde entonces
no ha vuelto.

VIZCOND. ¿Y era bonita?

CONDES. Como un sol; ojos enormes,
cabello negro, pié breve,
talle delicado y dócil
de carácter.

ANSEL. El retrato
es de amiga.

CONDES. No se asombre
usted, porque la duquesa
tiene el apellido Ozores,
como yo.

VIZCOND. ¿Es deuda?

CONDES. Lejana.

VIZCOND. ¿Usted querrá que yo logre
mi deseo?

CONDES. ¿Cuál?

VIZCOND. El de verla
de los primeros.

CONDES. Vizconde,
ninguno dirá que ha visto
primero que usted sus soles.

VIZCOND. Gracias.

CONDES. Me asalta un temor.

VIZCOND. Condesa, fuera temores.

CONDES. ¿Y nuestra capitalista
qué dirá?

VIZCOND. Dirá...

CONDES. Nos oye.

## ESCENA XI.

DON ANSELMO.—EL VIZCONDE.—LA CONDESA.—
ESPERANZA.—JUANA.

JUANA. Muy buenas noches.

CONDES. Juanita,
tarde viene usted.

JUANA. Lo siento.

CONDES. Esperanza, te presento
esta linda señorita,
hija del señor de Real,
rico banquero, y que espera
quedar única heredera
de un inmenso capital.
ESPER. Será muy señora mia.
JUANA. *(A la condesa.)*
¿Esta señorita?...
CONDES. Tiene
deudo conmigo.
JUANA. *(Mirándola con curiosidad.)*
¿Si?
CONDES. Y viene
de la bella Andalucía.
*(Juana se sienta en la silla que ocupa el vizconde: este queda de pié á su lado.)*
JUANA. Bien se conoce.
CONDES. ¿Por qué?
JUANA. Porque demuestra su porte
que no ha vivido en la córte.
*(La conversacion se hace particular entre el vizconde y Juana, la condesa y don Anselmo. Esperanza ojea un album.)*
VIZCOND. Ya lo dije.
JUANA. ¿Si?
VIZCOND. Si á fé.
JUANA. Y aunque calidad la sobre,
está la recien venida
muy pobremente vestida.
VIZCOND. Es una huérfana pobre.
*(Se sienta el vizconde.)*
JUANA. Ya comprendo; una parienta
que hace valer sus derechos
para vestir los deshechos
de alguna prima opulenta.
De esas primitas suaves
que se meten en la casa
para saber lo que pasa
y ser las amas de llaves.
VIZCOND. Buena calificacion.
JUANA. A esas gentes conocemos
al punto las que tenemos

riquezas y posicion.
Y nada mas natural,
vizconde. Aunque me dan grima,
me persigue tanta prima.

VIZCOND. Tiene usted tanto caudal.
*(Hablan bajo.)*

CONDES. ¿Vuelve usted al tema?

ANSEL. Sí.

CONDES. He cumplido los cuarenta.

ANSEL. Eso es broma.

CONDES. Me lo cuenta
usted, don Anselmo, á mí.

ANSEL. A sus años verdaderos
añade usted diez de fijo.

CONDES. Por Dios, si tengo ya un hijo
capitan de coraceros.

ANSEL. Y la divina beldad
de ese rostro...

CONDES. Que no pega
tal requiebro: y no se juega
con señoras de mi edad.

VIZCOND. Repito, adorable Juana,
que estoy de amores muriendo.

ESPER. Qué buen papel está haciendo
la huérfana provinciana.
Y de un modo natural
este aislamiento se esplica,
pues está entre gente rica
la que no pasa por tal.

## ESCENA XII.

DON ANSELMO.—EL VIZCONDE.—LA CONDESA.—ESPERANZA.—JUANA.—ANDRADE, *que se para á la puerta.*

ANDRAD. Bello cuadro. ¡Qué á destajo
muestra su amor... al dinero...
á la niña del banquero
el buen vizconde del Tajo!
Y ensarta conceptos mil,
para salir con su empresa,

á la señora condesa
el político sutíl.
Dos amantes, ¡vive Dios!
son ardientes y sinceros,
dos cumplidos caballeros...
¡Cuánto mentirán los dos!...
¿Por qué me irrita ó me enfada
que mientan á su placer?...
¿Quién será aquella mujer
que está tan abandonada?
No sé; mas apostaría,
sin quedarme duda alguna,
á que tiene una fortuna
tan rica como la mia.
No descubro su semblante...
Mas, aunque beldad le sobre,
si es pobre y saben que es pobre,
todo está dicho. Adelante.
*(Entra.)*
A los piés de usted, condesa.

CONDES. Andrade, muy bien venido.
Aunque tarde, me ha cumplido
usted su formal promesa.

ANDRAD. Es mi gusto y mi deber,
y ambos cumplo muy contento.

CONDES. Pueda usted tomar asiento.

ANDRAD. Señora, lo voy á hacer.
*(Se sienta al lado de Esperanza.)*

CONDES. ¿Qué hay de nuevo por Madrid?

ANDRAD. Nada que de contar sea,
y su gente se recrea
como en los tiempos del Cid.

ANSEL. ¿De crísis ministerial
qué sabe usted?

ANDRAD. Nada sé.

ANSEL. ¿De veras?

ANDRAD. Sí.

ANSEL. Por mi fé
que es muy estraño...

ANDRAD. No tal.
Crísis averigua ó fragua
el que, de poder sediento,
espera un soplo de viento

para echar su buque al agua:
mas yo, que con mi inaccion
y nulidad me acomodo,
me encuentro muy bien con todo
ministerio.

ANSEL. ¿Y la nacion?

ANDRAD. Es verdad: su nombre abona
la prisa de esos patricios
que, para estirpar los vicios,
codician una poltrona.

ANSEL. Bien puede abrigar un hombre
noble ambicion de justicia.

ANDRAD. Mas la pública malicia
le suele dar otro nombre.

ANSEL. ¿Llama á la ambicion de aquel
que busca gloria y decoro?...

ANDRAD. Unas veces sed de oro,
y otras gula de oropel.

ANSEL. Pues la pública opinion
sustenta absurdos estremos.

ANDRAD. Si usted quiere, dejaremos
tan pesada discusion.
Pues á la verdad da pena
que asi pariodemos varios
artículos de diarios
en sociedad tan amena.
¿No es usted de mi opinion?
*(A Esperanza. Se hacen las conversaciones particulares.)*

ESPER. El album me ha distraido
de tal modo, que no he oido
casi la conversacion.

ANDRAD. Ha hecho usted bien.

ESPER. Casual
fué mi distraccion, y así
no puedo decir por mí
si hice bien ó si hice mal.
He admirado los primores
y las razones discretas
de castellanos poetas
y madrileños pintores.

ANDRAD. ¿Conoce usted la pleyada
de unos y otros?

ESPER. No, á fé mia,
á no ser de nombradía,
que estoy muy recien llegada.
ANDRAD. ¿Por eso nunca el honor
de ver á usted tuve?
ESPER. Ayer
he venido á merecer
de la Condesa el favor.
Pues, aunque el deudo la obliga,
sus obligaciones pasa
recibiéndome en su casa,
tratándome como amiga.
Y así probarla me toca
con el mas constante afan,
que ya la agradezco el pan
que he de llevarme á la boca.
ANDRAD. ¿No tiene usted padres?
ESPER. No.
Y es mi dolor tan profundo
porque estoy sola en el mundo.
ANDRAD. ¿Sola?
ESPER. Sola.
ANDRAD. Como yo.
ESPER. ¿Es usted huérfano?
ANDRAD. Sí.
ESPER. El mismo mal nos devora.
ANDRAD. Yo soy un hombre, señora,
y está la ventaja en mí.
Yo puedo lidiar con brio
hasta inclinar mi balanza.
ESPER. ¿Tiene usted fé?
ANDRAD. No.
CONDES. Esperanza.
ANDRAD. ¿Qué nombre es ese?
ESPER. Es el mio.
ANDRAD. Pues es un nombre que anima.
ESPER. *(Levantándose.)*
Anima á quien es constante.
ANDRAD. Espere usted un instante.
ESPER. Me está llamando mi prima.
*(Esperanza tira de la campanilla y se queda apoyada en un mueble, cuando se lo manda la condesa.)*

¿Qué quieres?
CONDES. Ten la bondad
de llamar.
JUANA. Buena llamada.
*(Al Vizconde.)*
Lo que dije, una criada
de honor.
VIZCOND. Pues.
JUANA. Es la verdad.
La pobre ha estado en un potro
hasta lograr la ocasion
de hablar con Andrade.
VIZCOND. Son
buenos uno para el otro.

## ESCENA XIII.

DON ANSELMO.—EL VIZCONDE.—LA CONDESA.—ESPERANZA.—JUANA.—ANDRADE.—MARTIN.

MARTIN. Señora.
CONDES. ¿Salió mi hermano?
MARTIN. No, señora; en su aposento
ha estado, y viene al momento.
CONDES. Está bien.
*(Se vá Martin.)*

## ESCENA XIV.

DON ANSELMO.—EL VIZCONDE.—LA CONDESA.—ESPERANZA.—JUANA.—ANDRADE.

JUANA. *(Al Vizconde.)*
Buen cortesano.
VIZCOND. ¿Por qué?
JUANA. Porque la ocasion
aprovecha usted.
VIZCOND. Señora,
nada olvida quien adora

con todo su corazon.
ANSEL. Le esperan nuevos honores,
si es fundada mi sospecha.
CONDES. ¿Lo juzga usted cosa hecha?
ANSEL. Seguramente.

## ESCENA XV.

DON ANSELMO.—EL VIZCONDE.—LA CONDESA.—ESPERANZA.—JUANA.—ANDRADE.—EL CONDE, *vestido de córte.—Anselmo se levanta apresuradamente; el Vizconde se levanta tambien, y se queda apoyado en el respaldo de la silla de Juana: Andrade se inclina ligeramente.*

CONDE. Señores.
ANSEL. El hombre vino despacio.
CONDES. Muy galano sales hoy.
¿Vas de baile?
CONDE. No.
CONDES. ¿Pues?...
CONDE. Voy...
CONDES. ¿A dónde vas?
CONDE. A palacio.
CONDES. ¿A estas horas?
CONDE. Sí.
CONDES. Esto es sério.
ANSEL. Lo mismo que yo decia,
señor conde; no podia
durar mas el ministerio.
VIZCOND. *(Acercándose al conde.)*
Yo fui quien dije...
ANSEL. *(Interrumpiendo.)*
Y preví
que usted seria el llamado,
como el hombre designado
por la opinion y por mí.
Gran reputacion, gran nombre;
cabeza firme y serena.
VIZCOND. *(A don Anselmo.)*
Doy á usted la enhorabuena.

ANSEL. *(Al vizconde.)*
(No es tiempo. Calle usted, hombre.)
*(Al conde.)*
Mal espreso mi contento...
VIZCOND. Es muy grande mi alegría...
*(Forman grupo los tres y hablan bajo. La condesa habla á Juan.)*
ESPER. *(A Andrade, llegándose á él.)*
Usted sigue todavía
sin abandonar su asiento.
ANDRAD. No hay nada mas natural.
ESPER. ¿No dá usted albricias?...
ANDRAD. No.
¿Acaso he causado yo
la crísis ministerial?
No me llaman y no acudo.
Esto es lo mejor.
ESPER. Reparo
que es usted bastante raro.
ANDRAD. Al menos bastante rudo.
ANSEL. Repito mi parabien.
¿Nos veremos esta noche?
CONDE. Es bastante tarde.

## ESCENA XVI.

DON ANSELMO.—EL VIZCONDE.—LA CONDESA.—ESPERANZA.—JUANA.—ANDRADE.—EL CONDE.—MARTIN.

MARTIN. El coche.
CONDE. Me voy.
ANSEL. Y yo.
VIZCOND. Y yo tambien.
ANSEL. Yo le quiero acompañar.
hasta la puerta.
VIZCOND. Yo quiero
ir hasta palacio.
ANSEL. Espero
que le podremos hablar
muy tempranito mañana,
pues mucho nos interesa.

Muy buenas noches, condesa.
CONDES. Adios.
VIZCOND. Adios, bella Juana.

## ESCENA XVII.

LA CONDESA.—ESPERANZA.—JUANA.—ANDRADE.

CONDES. Ha sido fatalidad
este negocio de estado,
pues de improviso ha mermado
nuestra escasa sociedad.
ESPER. Una pregunta quisiera
hacerte.
CONDES. Pregunta.
ESPER. Bien;
Dime. ¿Han llamado tambien
al vizconde y Talavera?
CONDES. No.
ESPER. ¿Por qué con tanto afan
se han marchado tras el conde?...
Querida prima, responde.
CONDES. En busca de nuevas van.
ESPER. ¿De nuevas?
JUANA. (La provinciana
es por demas maliciosa.)
CONDES. ¿Pueden buscar otra cosa?
ESPER. Quién sabe.

## ESCENA XVIII.

LA CONDESA.—ESPERANZA.—JUANA.—ANDRADE.—
DON PASCUAL.

PASC. Condesa, Juana,
señorita.
ANDRAD. Don Pascual.
PASC. ¿Qué tal, mi querido amigo?
ANDRAD. Bien.

PASC. ¿Qué dice usted?
ANDRAD. Le digo
que hay crisis ministerial.
PASC. ¡Hombre!
ANDRAD. Usted en favor medra.
PASC. Aclare usted el misterio.
ANDRAD. Porque forma ministerio
el conde de Cantapiedra.
PASC. ¿Es cierto?
CONDES. Parece así.
PASC. Doy á usted mis parabienes.
Niña, me marcho: ¿te vienes?
CONDES. ¿Se vá usted tan pronto?
PASC. Sí.
Y no piense usted que es
falta de gusto, señora.
tengo que arreglar ahora
un negocio de interés.
ANDRAD. Alguna cuenta atrasada
con el ministro caido.
PASC. Malicioso...
ANDRAD. No he querido
descubrir...
PASC. No importa nada.
Quien en mi lugar se encuentra,
y tanto como yo vale,
ha de cobrar al que sale
para prestar al que entra.
Esta mi máxima es,
y con lucros corresponde.
Condesa, que mande el conde,
y le beso á usted los piés.
*(Dando la mano á Andrade.)*
Siempre amigotes dos dos.
*(A Esperanza.)*
Saludo á usted, señorita.
CONDES. *(Besándose.)*
Adios, mi amigo. Juanita,
adios.
JUANA. *(Dándole la mano francamente.)*
Esperanza.
ESPER. *(Con sarcasmo.)*
Adios.

## ESCENA XIX.

La Condesa.—Esperanza.—Andrade.

Condes. ¿Usted, con su buen talento,
habrá sacado partido
de cuanto aquí ha sucedido,
un poco estraño y violento?
Andrad. No he presenciado incidentes
que sorprendan mi atencion;
y he visto gentes que son
como son todas las gentes.
Condes. Esa reserva está bien
y prueba cortesanía.
Andrad. Siendo cortés cumpliria
mi obligacion hácia quien
me dispensa una amistad
que en mucho tengo, señora.
Pero ya es tarde y es hora
de dejarlas.
Condes. No en verdad.
Andrad. Sí, condesa.
Condes. Vendrá usted
á comer mañana.
Andrad. No
sé si podré.
Condes. Pues yo
se lo pido por merced.
¿Me dá usted palabra?
Andrad. Sí.
Condes. Adios, Andrade.
Andrad. Condesa,
á los piés de usted. (Me pesa
el retirarme de aquí.)
*(A Esperanza.)*
Me tomo la confianza
de ofrecerla mi amistad.
Se la ofrezco con lealtad.
Perdone usted, Esperanza.

## ESCENA XX.

La Condesa.—Esperanza.

Condes. ¿Qué me dices?
Esper. Qué sé yo.
Condes. ¿Desistirás de tu empeño?
Esper. No.
Condes. ¿Cuadro tan halagüeño
no te ha sorprendido?
Esper. No.
Es una pintura fiel
del mundo, y á él me acomodo.
He visto estátuas de lodo
con vestido de oropel.
Condes. ¿Es Talavera?...
Esper. Un pedante,
que en ocasion oportuna
hará muy buena fortuna.
No lo dudes.
Condes. Adelante.
¿Y el vizconde?
Esper. Un pobre ser
sin dignidad ni decoro,
que dá nobleza por oro.
Condes. ¿Hará el cambio?
Esper. Puede ser.
Condes. ¿Y Juanita?
Esper. Doña Juana
con una frase se esplica:
es muy vana porque es rica,
y porque es muy rica es vana.
Monigote de metal
dorado, mas sin primor.
Condes. ¿Y su padre?
Esper. Un buen señor
es el rico don Pascual.
Bonachon, alegre, franco,
usurero y complaciente;
tan buscado y tan corriente

como un billete de banco.

CONDES. Los vas pintando donosa,
pero otro retrato añade.
¿Qué te ha parecido Andrade?

ESPER. Ese, prima, es otra cosa.

CONDES. Sí.

ESPER. Vive en la sociedad
encerrado en su capullo.

CONDES. ¿Y tiene?...

ESPER. Orgullo y orgullo,
que es una gran cualidad.

CONDES. ¿Das á su altivez honrada
oróscopos venturosos?

ESPER. Los hombres muy orgullosos
lo son todo ó no son nada.

CONEES. Parcial te muestras con él.

ESPER. ¿Sí?

CONDES. ¿Lo distingues? confiesa.

ESPER. Siempre distingo, condesa,
el oro del oropel.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

Un jardin que se prolonga por ambos lados; en el fondo la fachada interior de una casa de buena apariencia, con puerta practicable.

## ESCENA PRIMERA.

La Condesa.—Martin.

Condes. ¿Ha vuelto el conde?
Martin. Señora,
aun no ha vuelto Su Excelencia;
pero está de carruajes
de alquiler la calle llena;
y ya he puesto en el despacho
mas de cinco mil tarjetas,
todas muy recomendadas,
por temor de que se pierdan;
encargándome que diga
á mi señor cuando vuelva,
que por mano de sus dueños
fueron en las mias puestas.
Condes. Está bien.
Martin. Y causa risa
el ver, señora condesa,

la especie de jubileo
que se empuja en la escalera.

CONDES. Vuelve á tu puesto, Martin,
y cuidarás, cuando vengan
los amigos que esta tarde
deben honrar nuestra mesa,
de decirles que al jardin
pueden bajar.

MARTIN. Con presteza
marcho á cumplir al momento
las órdenes de Vuecencia.

## ESCENA II.

LA CONDESA.

Yo no sé por qué mi hermano
á estos afanes se entrega
con tanto ardor, cuando puede
vivir muy bien de sus rentas.
Pero ya que no hace caso
de prudentes advertencias,
le dejaré hacer su gusto
y salga por donde pueda.

## ESCENA III.

LA CONDESA.—EL VIZCONDE.

VIZCOND. ¿Cómo tan sola?

CONDES. Vizconde,
hace una tarde soberbia,
y he buscado en el jardin
brisa perfumada y fresca.

VIZCOND. Pensaba encontrar á usted
en el estrado, condesa,
recibiendo por millares
plácemes y enhorabuenas;
pues ya se sabe que el conde

la honra de formar acepta,
y que ministro de Estado
será con la presidencia.

CONDES. La multitud de visitas
ó me aturde ó me molesta,
porque soy una mujer,
vizconde, un tanto casera.
Quiero poca compañía,
y estoy gustosa, si es buena.

VIZCOND. Lo comprendo: usted no gusta
de esos amigos que acechan
los momentos de medrar
con las personas que medran;
que son sus sombras en tanto
que está brillante su estrella;
pero que al primer revés
giran como una veleta.

CONDES. Exactamente; y con todo,
el bien parecer nos fuerza
á no poner mala cara
á esas plantas que se enredan
al árbol verde y lozano,
y que sin hojas lo dejan.
Pero, hablando de otras cosas
mas útiles y halagüeñas,
¿quiere usted decirme cómo
está el ataque y defensa
entre el seductor vizconde
y la elegante heredera?

VIZCOND. Puedo asegurar, señora,
que, si no mienten las señas,
capitulará muy pronto
la dorada fortaleza.

CONDES. Rico botin se hallará,
amigo vizconde, en ella.
Aunque deben ser lo menos
sus atestadas talegas;
que para el hombre que ama,
como usted, con tantas veras,
los despojos del amor
son las mas ricas preseas.

VIZCOND. ¿Hablamos en confianza?

CONDES. No impido que usted la tenga.

VIZCOND. Pues, si he decir verdad,
Juanita no me interesa
gran cosa.

CONDES. ¿Sí? ¿Qué diria,
vizconde, si nos oyera?

VIZCOND. *(Sobresaltado.)*
¿Está en el jardin?

CONDES. No tal.

VIZCOND. No me conviene que sepa
que me gusta mas su dote
que su cara.

CONDES. No es tan fea.

VIZCOND. No es hermosa; y ademas,
hombres de antigua nobleza
con repugnancia su nombre
unen al de una plebeya.

CONDES. Cuidado, mucho cuidado,
que se le vá á usted la lengua,

VIZCOND. *(Con sobresalto.)*
¿Pero está por aquí?

CONDES. No.

VIZCOND. Hablaré con mas franqueza.
¿Sabe usted quién me preocupa?

CONDES. ¿Quién?

VIZCOND. Señora, la duquesa
del Alcázar.

CONDES. Me parece,
vizconde, que se chancea.

VIZCOND. No, señora; sé que es
jóven, elegante y bella,
y, solo por el retrato,
me han hechizado sus prendas.

CONDES. Pues me parece, vizconde,
que usted, que eso dice, al verla,
es capaz de mostrar...

VIZCOND. ¿Qué?

CONDES. O desden ó indiferencia.

VIZCOND. ¿Yo?

CONDES. Usted.

VIZCOND. Por nada del mundo.

CONDES. Pues me remito á la prueba;
y quizás me atreveré
á que hagamos una apuesta.

VIZCOND. Perderá usted.
CONDES. No lo creo.
VIZCOND. ¿Qué apuesta usted?
CONDES. ¿La evidencia
me perdona usted?
VIZCOND. Lo mismo
digo. ¿Apostamos?
CONDES. Pues sea.
VIZCOND. ¿Qué apostamos?
CONDES. Una caja
de bombones ó de almendras;
que tendrá usted en la mano
lo que durare la fiesta
con que sus salones abra
mi rica y noble parienta.
VIZCOND. Admito la condicion.
CONDES. Está bien. Pues ojo alerta.

## ESCENA IV.

LA CONDESA.—EL VIZCONDE.—ESPERANZA.

ESPER. Prima.
CONDES. ¿Qué quieres?
ESPER. He visto
en la estufa dos camelias
preciosísimas y dobles,
mas blancas que una azucena.
Vizconde, muy buenas tardes:
¿quiere usted venir á verlas?
VIZCOND. *(Con desden.)*
Gracias.
ESPER. Están tan hermosas,
tan nacaradas, tan frescas.
Venga usted...
VIZCOND. *(Resistiéndose.)*
Ya las veremos
mas tarde.
ESPER. Sí; cuando pierdan
la brillante lozania
que las da tanta belleza.

Venga usted...

VIZCOND. (La provinciana
es pesada.) No quisiera
separarme, por dos flores,
del lado de la condesa.

CONDES. Las veré con mucho gusto.

VIZCOND. Entonces hay diferencia.
*(Con asiduidad.)*
¿Quiere usted mi brazo?...

CONDES. Bien.

ESPER. Adios, prima.

CONDES. ¿Pues te quedas?

ESPER. Sí.

VIZCOND. (Se ha picado. Está visto
que es tan posma como necia.)

CONDES. Que no olvide usted, vizconde...

VIZCOND. ¿Qué no he de olvidar?...

CONDES. La apuesta.

## ESCENA V.

ESPERANZA.

¡Ay! ¡qué presuncion tan vana,
vizconde del Tajo, es esa!
Quieres ir con la condesa
y no con la provinciana.
Para el uno y otro paso
acaso te ha decidido
que es de lana mi vestido
y su vestido de raso.
No deja de ser cruel
que, hasta para ver dos flores,
se vayan estos señores
siempre tras el oropel.
No adivinará el tesoro
por la caja que lo encierra,
quien no vé que bajo tierra
y guijos se oculta el oro.
Y hay verdadera afliccion,
corazon, aunque te asombres,
en conocer, que en mil hombres
no se encuentra un corazon.

## ESCENA VI.

ESPERARZA.—ANDRADE.

ANDRAD. A los piés de usted. Creí
encontrar á la condesa.

ESPER. Y le causa á usted sorpresa
verme sola: ¿no es así?

ANDRAD. Muy agradable en verdad
es mi sorpresa: mas siento
robar algun pensamiento
á esta amena soledad.

ESPER. Amargura á la tristeza
la soledad siempre añade,
y hay en perturbarla, Andrade,
mas que indiscrecion fineza.

ANDRAD. *(Con amargura.)*
Con profunda paz convida
esta soledad al alma;
y bien se encuentra en la calma
nave que fué combatida.
*(Movimiento de Esperanza.)*
No pretendo yo que aquí
busque usted puerto de abrigo;
y cuanto he dicho, lo digo...

ESPER. ¿Por quién, Andrade?

ANDRAD. Por mí.

ESPER. ¿Es usted muy desgraciado?

ANDRAD. *(Con falsa alegria.)*
¡Qué horror! Ni mucho ni poco,
y sin duda estaba loco
cuando de tal modo he hablado.
Vida apacible me espera;
contento con ella estoy...
En una palabra, soy
feliz como otro cualquiera.
Nada mi tranquilidad
turba, mis dias dichosos;
señora, mil envidiosos
tiene mi felicidad.

Si un momento me devora
el veneno del hastío,
momentos despues me rio
como un nécio, como ahora.
La imágen de ningun mal
me entristece ni me arredra:
tengo un corazon de piedra;
tengo un alma de metal.
Humor de vário matiz
tengo, que mueve la brisa...
¿No dice bien mi sonrisa
que soy un hombre feliz?

ESPER. Bajo esa risa falaz
se oculta un dolor profundo.

ANDRAD. Pues nada de eso ve el mundo.

ESPER. Porque es poco perspicaz.
Y fácilmente se alcanza,
bajo esa falsa alegria,
una punzante ironía...

ANDRAD. ¿Que usted descubre, Esperanza?..

ESPER. Sí, Andrade.

ANDRAD. Funesto error.

ESPER. No voy á ofrecer consuelo,
ni pretendo alzar el velo
que rasgar quiere el dolor.
De nada me serviria
ver distintos con mis ojos
los encubiertos enojos
y la afanosa agonia;
pues fuera contra razon,
que á esta pobre forastera
un hombre prudente diera
las llaves del corazon.
Guardadas deban estar.
No temo que usted las fie;
sabe que el mundo se rie
del mas profundo pesar;
y con cuerdo proceder
y con prudente energia,
no querrá usted que se ria
una estraña, una mujer.
Sepúltese en el abismo
del pecho con sus rigores...

Si yo tuviera dolores,
tambien haria lo mismo.

ANDRAD. ¿Tambien usted sufre?

ESPER. No.
¿No encuentra usted el contento
en mi rostro y en mi acento?

ANDRAD. Usted sufre, como yo.

ESPER. Funesto error.

ANDRAD. Esperanza,
siempre mis penas guardé;
pero, yo no sé por qué,
me inspira usted confianza.
Tiempo hace que mi alma ardiente
rinde tributo con ira
á una callada mentira,
porque callando se miente;
y, pues suprema ocasion
de decir la verdad llega,
por primera vez entrega
sus llaves mi corazon.
Largos años he penado;
mucho en silencio he sufrido,
y nadie me ha comprendido,
porque nadie me ha estudiado.
Al sacarme de la nada,
como lote de mi suerte,
me dió Dios un alma fuerte,
pero un alma apasionada.
Crecí sediento de amor,
y hallé, de ilusiones lleno,
en todo vaso veneno,
y una espina en cada flor.
Atropellando por todo,
me lancé con ardor sumo...
busqué gloria y hallé humo,
busqué virtud y hallé lodo.
Indicios dí de agonia;
corrió de mis ojos llanto;
pero noté con espanto
que el mundo se sonreia.
Y por no ser la irrision
de ese mundo baladí,
mi acerbo llanto volví

al fondo del corazon.
Débil, fatigado, yerto,
sin fé, los párpados rojos,
clavé en la tierra mis ojos,
y solo encontré un desierto.
Pasaron dias y el pasmo
pasó tambien de mi mal...
Ahora al sarcasmo social
respondo con mi sarcasmo.
Y guardo tan vigilante
el tesoro de mi pena,
que está mi frente serena,
y es mi sonrisa punzante.
En mi ficcion, Esperanza,
todas mis delicias fundo...
así, que no sepa el mundo,
por Dios, esta confianza.

ESPER. Pierda usted todo temor,
y conozca, amigo mio,
que de su mal no me rio,
que comprendo su dolor.
Yo tambien, pobre de mí,
llena de fé y de ternura,
del cáliz de la amargura
hasta las heces bebí.
A los tiernos quince años
me hirió la ruda tormenta;
iba de dicha sedienta,
y solo hallé desengaños.
Un enemigo mortal
hallé en mi propio marido,
en un esposo escogido
por la mano paternal.
Sin borrascosas pasiones,
pero sin dicha ninguna,
vi pasar una por una
mis doradas ilusiones.
Y con el corazon yerto,
con dudas y con enojos,
do quier que puse los ojos
tambien encontré un desierto.
Diez años de guerra cruda
hora por hora pasé:

á los diez años me hallé
huérfana, sola, viuda.
Dueña de mi voluntad
busqué el bien y la alegría;
pero siempre descubria
el tédio, la soledad.
Y el dolor que hallaba en mí,
mas fuerte, con mas pujanza,
era la desconfianza
que en diez años aprendí.
El tédio me consumia,
me abrumaba tanto, tanto,
que eché menos hasta el llanto
que de mis ojos corria.
Hasta que al fin, resignada,
ví estinguirse todo ardor;
perdí mi acerbo dolor;
pero no me quedó nada.
En tan delicioso estado
de desaliento y hastío
ante el mundo me sonrío;
y el mundo vive engañado.
Si es que el mundo para en mí
su atencion un solo instante;
que el mundo es poco galante
con quien es muy pobre.

ANDRAD. Sí.

ESPER. Con tan franca confesion
pago á usted su confianza.
Pobre soy, pero...

ANDRAD. Esperanza,
tiene usted gran corazon.
Y quien logre entrar en él...

ESPER. Tendrá pequeño tesoro.

ANDRAD. Le sobra, señora, el oro.

ESPER. Mas le falta el oropel.

ANDRAD. Manto que cubre esqueletos.

ESPER. Pero tiene tal encanto,
que va el mundo tras el manto
sin descubrir sus secretos.

ANDRAD. ¡Esperanza!

ESPER. No hablo mas.

ANDRAD. ¿Quién sabe?.. Nuestros dolores

quizás alfombras de flores
al fin encuentren.

ESPER. Quizás.

ANDRAD. Y si una ilusion bendita,
en hora propicia, brota
del alma llagada y rota,
y no muere...

## ESCENA VII.

ESPERANZA.—ANDRADE.—JUANA.—DON PASCUAL.

PASC. Señorita.

JUANA. *(Con frialdad.)*
Señora.

ESPER. *(Con amabilidad.)*
Señor de Real.
*(Con frialdad.)*
Señora.

PASC. Ya aprieta el frio.
¿Qué hay de bueno, amigo mio?...

ANDRAD. Lo que usted vé, don Pascual.

PASC. ¿Qué sabe usted?

ANDRAD. Casi nada.

PASC. ¿Ahora salimos con esa?

JUANA. *(A Esperanza.)*
¿En dónde está la condesa?

PASC. Déjala: andará ocupada.

JUANA. Quisiera verla.

PASC. ¿No estás
bien con esta señorita?

JUANA. Sí; pero...

PASC. *(A Andrade.)*
(Y es muy bonita,
y muy jóven.)

ANDRAD. *(A don Pascual.)*
(¿Y no mas?)

ESPER. No está distante de aquí,
señora, mi prima.

JUANA. ¿En dónde
está?

ESPER. Está con el vizconde
en aquella estufa.
JUANA. ¿Sí?
ESPER. Sí. Admirando los primores
de dos camelias preciosas
y blancas.
JUANA. Serán hermosas.
ESPER. ¿Le gustan á usted las flores?
JUANA. Mucho.
ESPER. Nadie lo diria.
JUANA. No comprendo la razon.
ESPER. Es una estraña aprension
que traigo de... Andalucía.
Y pues es mi aprension vana,
de su aplicacion reniego.
¿Vamos á la estufa?
JUANA. Luego.
ESPER. *(Con ironía.)*
Tome usted mi brazo, Juana.

## ESCENA VIII.

ANDRADE.—DON PASCUAL.

PASC. Ya que se han ido las niñas,
y que nos hallamos solos,
diré á usted en confianza
lo que desde anoche noto.
ANDRAD. Señor don Pascual, si hablarme
pretende usted de negocios,
debo advertirle, que soy
mercantilmente muy topo,
y perderá usted conmigo
un tiempo quizás precioso.
PASC. Se equivoca usted; no trato
de hablarle de los embrollos
bursátiles, que mejor
que usted sin duda conozco.
ANDRAD. Entonces, hábleme usted,
pues á escucharle estoy pronto.
PASC. Me parece que mi hija
profesa profundo ódio
á esa jóven andaluza.

ANDRAD. Se engaña usted.
PASC. ¿Me equivoco?
ANDRAD. Si señor. Su hija de usted,
que ha de heredar mucho oro,
y cifra todo su orgullo
en llevar ricos adornos,
á esa jóven mal vestida
y pobre tiene en muy poco.
PASC. Pues mire usted, sus pañales
fueron escasos y toscos,
que no vienen sus riquezas
heredadas de abolorio.
ANDRAD. Por esa misma razon
de su desden no me asombro,
pues el rico improvisado
es siempre el mas vanidoso.
No lo digo por usted,
que la franqueza en su abono
tiene; pero sin rodeos
á su pregunta respondo.
PASC. No me doy por agraviado,
y hasta con gusto le oigo.
Ahora hablemos de otro asunto.
ANDRAD. Diga usted.
PASC. Voy á ser corto.
La prima de la condesa,
amigo, tiene dos ojos,
que al hombre de mas razon
pueden muy bien volver loco.
Yo los he visto y confieso
que, con mis cincuenta y ocho
de pico, me están causando
un bien marcado trastorno.
ANDRAD. ¿Y qué?
PASC. Esperanza es viuda,
yo viudo, aunque no mozo,
y pudiéramos pasar
á un segundo matrimonio.
ANDRAD. Imposible.
PASC. No lo veo
tan imposible, que otros
mas desiguales se fraguan,
y soy un buen acomodo.

ANDRAD. Ella es mas jóven...
PASC. Y yo
mas talegas atesoro;
y si ha de vivir á espensas
de parentescos remotos,
no hará tan mal, aceptando
mi fortuna y mi consorcio,
aunque tenga que reunir
su primavera á mi otoño.
ANDRAD. Tiene usted razon; yo estaba
poco atento, y reconozco
que es posible, y hasta fácil
que cumpla usted su propósito.
Una jóven desvalida
debe recibir con gozo
la mano de quien la ofrece
un porvenir venturoso;
pues la ventura se encierra,
dejando aparte á los tontos,
en aturdirse tirando
unos puñados de oro.
PASC. ¿Acabamos por estar
conformes?
ANDRAD. Sin duda; en todo.
PASC. ¿Y debo poner en planta
mi resolucion?
ANDRAD. Otorgo.
PASC. Para dar el primer paso,
¿qué debo hacer?
ANDRAD. Hay mil modos.
Si no quiere usted rodeos,
háblela usted.
PASC. No me opongo;
pero quisiera evitar
recibir algun sonrojo.
ANDRAD. Hable usted á la condesa.
PASC. Ese es un medio famoso,
y antes de cinco minutos
voy, y en práctica lo pongo.
Allí están. Venga usted...
ANDRAD. No. Yo me quedo.
PASC. Pues yo corro.

## ESCENA IX.

ANDRADE.

Don Pascual?... A dónde voy?
¿Pretenderé, por ventura,
alguna nueva locura
hacer?... Si, sí; loco estoy.
Como loco pretendí
á don Pascual de su intento
separar; pero al momento
triunfó la razon en mí.
Mis palabras retiré;
dí pábulo á su aficion,
y triunfando la razon,
yo de mí mismo triunfé:
porque mi esperanza incierta
era el íris de bonanza;
pura y hermosa esperanza,
apenas nacida muerta.
Huye: mi enemiga suerte
no me deja acariciarte;
¡de qué me sirve adorarte,
si al fin tengo que perderte!...
Ahogar al nacer me toca
esta dorada ilusion;
no saldrá del corazon,
yo lo aseguro, á la boca.
Pues esta ilusion ahogada
menos pesará en mi vida
que una esperanza perdida
despues de haber sido amada.
(*Pausa.*)
Lejos de mí la importuna
vacilacion; esto es hecho.
Yo no tenia derecho
para impedir su fortuna.
Debo mostrar alegría,
estar contento. Ese hombre
la ofrece riquezas, nombre...

¿Y yo, qué la ofreceria?
Mi constante adoracion,
pan con mi sudor ganado,
el mas humilde tocado
y el mas leal corazon.
El tesoro de mi fé
es un dudoso tesoro...
se vé el fausto, se vé el oro,
y el corazon no se vé.

## ESCENA X.

ANDRADE.—EL VIZCONDE.

VIZCOND. ¿Qué hace usted, Andrade amigo,
tan retirado y tan solo?..,
¿Conversa usted con Apolo?...
ANDRAD. No, vizconde, hablo conmigo.
VIZCOND. Monólogos.
ANDRAD. Sí señor.
VIZCOND. Son indicios de locura.
ANDRAD. ¿Sí?
VIZCOND. O señal cierta y segura...
ANDRAD. ¿De qué, vizconde?
VIZCOND. De amor.
ANDRAD. Pues hará usted, si no es vana
su dialéctica sutil,
mil monólogos y mil.
VIZCOND. ¿Por quién, Andrade?
ANDRAD. Por Juana.
VIZCOND. No tantos.
ANDRAD. Segun yo creo,
la tiene usted por su norte,
y ocupa á toda la córte
tan público galanteo.
Y como son tan cuantiosos
sus conocidos caudales,
ya que no dos mil rivales,
tiene usted mil envidiosos.
Gente interesada y ruin,
de la que hay larga cosecha,

que, si no halla entrada, acecha
á la puerta del festin.
Mas no debe usted temer,
disfrutando sus favores,
que no cambiará de amores
tan delicada mujer.

VIZCOND. ¿Gusta usted de ella?

ANDRAD. Mi afan
por servirla lo pregona.

VIZCOND. Le endosaré su persona,
si me sale bien un plan.

ANDRAD. ¿Plan?

VIZCOND. Magnífico; atrevido.

ANDRAD. ¿Y probable?

VIZCOND. Ciertamente.
Vendrá á usted perfectamente,
Juana, porque es buen partido.
Aunque, á la verdad, creía,
que el ídolo de usted era
esa pobre forastera
llegada de Andalucía.

ANDRAD. ¿Esperanza?

VIZCOND. Sí.

ANDRAD. Es error.

VIZCOND. Lo confieso. Aunque la sobre
hermosura, es harto pobre
para inspirar mucho amor.
Y un hombre de buen talento
prefiere, cosa es segura,
á la mayor hermosura
títulos del tres por ciento.
¿No es cierto?

ANDRAD. Pienso que sí.

VIZCOND. Trataremos de la empresa.

ANDRAD. Bien.

VIZCOND. Me envia la condesa
á buscar á usted aquí.
Está en la estufa.

ANDRAD. (*Marchándose.*)
Sé en dónde
está.

VIZCOND. ¿Se marcha usted?

ANDRAD. Pues.

Voy á ponerme á sus piés.
*(Vase.)*
VIZCOND. Vámonos juntos.

## ESCENA XI.

EL VIZCONDE.—DON ANSELMO.

ANSEL. Vizconde.
VIZCOND. ¿Está la cruz despachada?
ANSEL. ¿Ha venido el conde?
VIZCOND. No.
ANSEL. ¿Ha hablado usted con él?
VIZCOND. ¿Yo?
ANSEL. Usted.
VIZCOND. No le he dicho nada.
ANSEL. ¿Es posible?...
VIZCOND. Talavera,
no comprendo por quien soy...
ANSEL. ¿No comprende usted que estoy
á esta fecha sin cartera?
VIZCOND. ¿Es posible?
ANSEL. Sí, señor;
y me dá sérios cuidados
ver que hay ministros nombrados.
VIZCOND. ¿Antes que usted?
ANSEL. Sí.
VIZCOND. ¡Qué horror!
¿Pero el conde le habrá hecho
proposiciones?
ANSEL. No tal.
VIZCOND. Pues el negocio va mal.
ANSEL. ¿Lo sabe usted?
VIZCOND. Lo sospecho.
ANSEL. Por usted me quedaré
fuera, vizconde: de fijo.
VIZCOND. Talavera, usted me dijo
que no era tiempo, y callé.
ANSEL. En ese silencio fundo
el motivo de mi pena.
VIZCOND. ¿Pues mas pronta enhorabuena

cuándo se ha dado en el mundo?
ANSEL. De tal precipitacion
hoy mi destino reniega;
y es preciso...
VIZCOND. Gente llega.
Yo buscaré otra ocasion.

## ESCENA XII.

EL VIZCONDE.—DON ANSELMO.—LA CONDESA, *con* DON PASCUAL.—ESPERANZA, *á quien habla* ANDRADE.—JUANA *sola y de mal humor.*

CONDES. *(A don Pascual.)*
Bien; hablaremos despues.
PASC. *(A la condesa.)*
Yo cumpliré lo ofrecido.
CONDES. Talavera, bien venido.
¿Bueno?
*(Hablan la condesa y don Anselmo.)*
ANSEL. Beso á usted los piés
ESPER. *(A Andrade.)*
Me parece usted mas triste
que estaba.
ANSEL. *(A Esperanza.)*
Lo mismo estoy.
ESPER. ¿Siempre igual?
ANDRAD. Muy igual soy.
*(Hablan Andrade y Esperanza.)*
VIZCOND. *(Llegándose á Juana.)*
¿Se divierte usted?
JUANA. *(Al Vizconde.)*
Qué chiste.
VIZCOND. Alguna indulgencia espero,
si por error he pecado.
¿Qué tiene usted, qué ha pasado?
JUANA. Que ese Andrade es muy grosero.
*(Hablan el Vizconde y Juana.)*
PASC. *(Separando á Andrade de Esperanza.)*
He hablado con la condesa.
ANDRAD. ¿Y oyó la proposicion?...

PASC. Con gusto y con atencion.
ANDRAD. ¿Y la aplaude?
PASC. Se interesa
por mí.
ANDRAD. ¿Promete?...
PASC. Cabal.
ANDRAD. ¿Insiste usted?
PASC. Yo no cejo.
Mil gracias por el consejo.
ANDRAD. No hay de qué, señor de Real.
PASC. Si hay dudas, toco el registro
del conde, y tendré la mano
de la viudita.

## ESCENA XIII.

EL VIZCONDE.—DON ANSELMO.—LA CONDESA.—DON PASCUAL.—ESPERANZA.—ANDRADE.—JUANA.—EL CONDE, *vestido de córte.*

CONDES. *(A don Anselmo.)*
Mi hermano.
PASC. *(Dejando á Andrade.)*
El señor conde.
ANSEL. *(Llegándose al conde.)*
El ministro.
VIZCOND. *(A don Anselmo.)*
Doy á usted la enhorabuena...
ANSEL. *(Bajo al Vizconde.)*
No es ocasion todavia.
CONDE. *(Al Vizconde.)*
¿Qué decia usted?
VIZCOND. Decia,
que muestra esa faz serena
la dulce satisfaccion
del hombre que ha completado
su ministerio.
CONDE. No he dado
fin á mi combinacion.
ANSEL. Magnífico.
CONDE. No lo creo.

ANSEL. Bajo cierto aspecto, sí.
CONDE. Andar de aquí para allí
me cansa, y no lo deseo.
Con Estado presidente
soy, ministro de Justicia
tengo, y el de la Milicia
me ha dicho que está corriente.
Para la Gobernacíon
con un buen amigo cuento,
y hay quien tome el de Fomento
sin la menor discusion.
Para Marina no falta;
pero es grave la contienda
cuando trato de la Hacienda,
y en ello el temor me asalta.
ANSEL. Ramo de grande interés
es, de compromiso mucho.
Requiere un hombre muy ducho,
y de gran crédito.
CONDE. Pues.
He hablado á Monte, y se niega.
ANSEL. Pues no pierde usted gran cosa.
CONDE. Se resiste Carrascosa.
ANSEL. Ese si alcanza no llega.
CONDE. Y sudo y me desespero...
ANSEL. Con muchísima razon;
porque aquí la gran cuestion
es la cuestion del dinero.
PASC. Eso digo yo.
ANSEL. Y asi
hombre falta que demuestre
cómo cubrirá el semestre
y abrirá créditos.
CONDE. Sí.
Mas no descubro ese hombre,
y, á la verdad no sosiego.
ANSEL. (No repara en mí. Está ciego)
CONDE. Si yo...
ANSEL. *(Al Vizconde.)*
Suelte usted mi nombre.
VIZCOND. Don Anselmo Talavera.
CONDE. ¿Qué me dice usted?
VIZCOND. Decia...

ANSEL. El vizconde me daria
de buen grado la Cartera.

VIZCOND. *(A don Anselmo.)*
¿Hablé á tiempo?

ANSEL. Sí.

CONDE. Es verdad.
No habia en ello pensado.
¿Usted es un diputado
de cierta celebridad?...

ANSEL. Sí.

CONDE. ¿Hacendista?

ANSEL. Conocido.

CONDE. ¿Orador?

ANSEL. No despreciable.

CONDE. ¿Discutidor?

ANSEL. Formidable.

CONDE. ¿Emprendedor?

ANSEL. Atrevido.

CONDE. ¿Monárquico?

ANSEL. Verdadero.

CONDE. ¿Hombre de nervio?

ANSEL. Y teson.

CONDE. ¿Y, tocante á la cuestion
grave, tendremos dinero?

ANSEL. Mil millones como un real.

CONDE. ¿Estará esa fuerte suma
en la caja ó en la pluma?

ANSEL. Que lo diga don Pascual.

PASC. *(Dudoso.)*
Hombre...

ANSEL. *(Bajo á don Pascual.)*
Diga usted que sí.

PASC. *(Bajo á don Anselmo.)*
¿Tendré un interés decente?...

ANSEL. *(Bajo á don Pascual.)*
Un quince.

PASC. *(Bajo á don Anselmo.)*
Es poco.

ANSEL. *(Bajo á don Pascual.)*
O un veinte.

PASC. De fijo, á juzgar por mí.

CONDE. *(A don Anselmo.)*
Me saca usted de un apuro,

si á su oferta corresponde.
ANSEL. Somos compañeros, conde.
CONDE. Lo seremos de seguro.
ANSEL. Tengo la formal promesa...
CONDE. De un hombre formal y sério.
CONDES. A pesar del Ministerio,
podemos ir á la mesa.
Que el viento sopla cruel,
y puede darnos en suma
dos ministros con reuma,
si no nos guardamos de él.

## ESCENA XIV.

DON ANSELMO, *que se coje del brazo del* CONDE.—DON PASCUAL *da el brazo á la* CONDESA.—EL VIZCONDE *presenta el suyo á* JUANA.—ESPERANZA Y ANDRADE *se acercan.*—MARTIN *se presenta con una bandeja de plata, trayendo en ella cuatro esquelas muy elegantes.*

MARTIN. *(Presentando la bandeja á la condesa.)*
Un lacayo con librea
estas esquelas me ha dado.
CONDES. *(Toma las esquelas, da una al Conde, otra á don Anselmo, otra al Vizconde y otra á don Pascual.)*
Una circular. Cuidado
me causa.
JUANA. Puede que sea...
VIZCOND. *(Despues de haber leido.)*
Una esquela de atencion,
de la hermosa duquesita
del Alcázar, en que invita
á su primera reunion.
CONDE. Cierto.
ANSEL. Sí.
PASC. No tiene duda.
JUANA. *(Echando una mirada de desden á Andrade.)*
Que cortés es la duquesa.
VIZCOND. Ya está en la córte, condesa;
nuestra opulenta viuda.

CONDES. Asi parece.
VIZCOND. En su casa
nos veremos todos.
JUANA. *(Echando una mirada á Andrade y á Esperanza.)*
No.
ANDRAD. Señores, faltaré yo.
JUANA. *(Al Vizconde.)*
De envidia el pobre se abrasa.
CONDES. Será una brillante fiesta,
de gran lujo y de buen tono.
VIZCOND. Sí.
CONDES. Vizconde, no perdono,
recuérdelo usted, mi apuesta.
*(Van entrando.)*
ESPER. ¿Siente usted no haber tenido
invitacion?
ANDRAD. Yo creia
que usted me comprenderia,
pero no me ha comprendido.
ESPER. Se ofende usted sin razon.
ANDRAD. He replicado en mal hora.
No me ofendo.
ESPER. Sí.
ANDRAD. Señora,
tengo...
ESPER. Orgullo...
ANDRAD. Y corazon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

Un elegante gabinete en el palacio de la duquesa del Alcázar, amueblado con el mayor lujo, con dos puertas colaterales y una en el fondo, que dá paso á varios salones profusamente iluminados.

## ESCENA PRIMERA.

El Vizconde.—Don Pascual.

Vizcond. Es preciso confesar
que nuestra duquesa tiene
un humor muy caprichoso
y un carácter muy alegre.
Inaugura sus salones,
pero á las damas previene
que han de venir disfrazadas,
para que embromen y enreden:
y ella misma aprovechando
la gran libertad que ofrece,
al amparo del disfraz

el incógnito mantiene.

PASC. ¿Usted, amigo vizconde,
que trata con estas gentes
de igual á igual, la habrá visto
antes?

VIZCOND. No. Vine á ofrecerme
esta mañana, y no pude
lograr que me recibiese.

PASC. ¿De modo que está eclipsada
la duquesa?

VIZCOND. Ciertamente.

PASC. Hace bien: yo en su lugar
lo mismo haria: que penen.

VIZCOND. Sí; pero todos estamos,
por conocerla, impacientes.

PASC. Menos yo: me han recibido
bien, he admirado los muebles,
y, para apagar la sed,
he tomado dos sorbetes.

VIZCOND. Usted tiene la cabeza
medio cubierta de nieve,
y no sabe cuanto incita
un misterio como este.

PASC. Poco á poco, amigo mio,
aunque Navidades lleve,
cada cual tiene su alma
en su armario; y al presente
mi sangre no está tan fria
como á usted se lo parece.
Tambien traigo yo al sarao
mi intriga.

VIZCOND. ¿De gabinete?

PASC. Este es un cuento de cuentos,
que se sabrá cuando llegue
la ocasion.

VIZCOND. Hace usted bien
en callar como prudente.
Pero silencio. Dos máscaras
en nuestra direccion vienen.

## ESCENA II.

El Vizconde.—Don Pascual.—La Condesa y Juana *con caretas.*

Condes. Vengo en tu busca, vizconde.
Vizcond. ¿Sí?
Condes. Sí.
Vizcond. ¿Para qué me quieres?
Condes. Para reñirte.
Vizcond. ¿De veras?
Condes. Sí: de veras y muy fuerte.
Vizcond. ¿Por qué motivo?
Condes. Porque
cumples muy mal lo que ofreces.
Pasc. Máscara, ¿te ha prometido
algun amor indeleble?
Juana. Capaz será de ofrecerlo
una misma noche á siete.
Condes. No le pido amor; se trata
de un empeño muy solemne.
Vizcond. ¿Y te he faltado?
Condes. Has faltado,
hombre sin fé.
Vizcond. Dí quién eres.
Condes. No es tiempo. ¿Cumple así un grande
de España lo que promete?
Vizcond. Pero esplícate, y sabremos
si tienes razon.
Condes. ¿Qué tienes
en las manos?
Vizcond. Unos guantes.
Condes. ¿Y nada mas?
Vizcond. Al presente
nada mas.
Condes. Bien.
Vizcond. El sombrero
tengo tambien. ¿Qué mas quieres?
Condes. Una cajita.
Vizcond. ¡Condesa!...

CONDES. Me has descubierto, imprudente.
*(Se quita la máscara.)*
VIZCOND. Perdóneme usted.
CONDES. Perdono
la indiscrecion; pues no tienen
las señoras de mi edad
pretensiones á esconderse;
pero tocante á los dulces
no cedo.
PASC. Que los entregue.
JUANA. Que los pague.
VIZCOND. No he perdido...
CONDES. No encontrará quien le apueste,
si usted de tales empeños,
vizconde, se desentiende.
VIZCOND. Pero señora...
JUANA. *(Quitándose la máscara.)*
Vizconde,
justo es que pague quien pierde.
VIZCOND. Si yo no he perdido...
CONDES. Vamos,
usted se empeña en que cuente
con todos sus pormenores
nuestra apuesta.
VIZCOND. No.
CONDES. Si es ese
su gusto, empezaré el cuento
tan solo por complacerle.
VIZCOND. ¿Usted dice que he perdido?
CONDES. Sí.
VIZCOND. Pues pagaré.
CONDES. Corriente.
JUANA. *(Al Vizconde.)*
¿Interesa á usted que el cuento,
vizconde, secreto quede?
VIZCOND. Fué una broma.
CONDES. Fué una broma.
PASC. Pesada, segun parece.
VIZCOND. (Solo me falta que Juana
en graves sospechas entre,
y, esperando á la duquesa,
la rica heredera vuele.)
CONDES. ¿Se queda usted pensativo?

VIZCOND. No, condesa.
JUANA. Mucho teme
usted que el cuento...
VIZCOND. Juanita...

## ESCENA III.

EL VIZCONDE.—DON PASCUAL.—LA CONDESA.—JUANA.—
DON ANSELMO.

ANSEL. (Las dos han dado y no viene
el conde.) Señoras...
CONDES. Tarde
llega usted.
ANSEL. La mucha gente
me ha tenido en los salones
casi sin poder moverme.
¿Han visto ustedes al conde?
PASC. El presunto presidente
sin duda la última mano
anda dando al gabinete.
CONDES. ¿Qué dice usted de la fiesta?
ANSEL. Yo confieso que no puede
ser el templo mas brillante;
mas la deidad no parece.
JUANA. Con razon mostraba pena
ese pobre Andrade, al verse,
no sin razon, escluido
de tan brillantes placeres.
VIZCOND. Hacen bien en alejarlos
de aquello que no comprenden.
CONDES. Recomiendo á usted, vizconde,
caridad con los ausentes.
VIZCOND. ¿Y, á la verdad, qué papel
haria aquí?
CONDES. Quién sabe: suelen
las personas como Andrade
hacer muy buenos papeles.

## ESCENA IV.

EL VIZCONDE.—DON PASCUAL.—LA CONDESA.—JUANA.—DON ANSELMO.—ANDRADE.

PASC. *(Señalando á Andrade que entra.)*
Hablando del ruin de Roma...
ANDRAD. El ruin aparece.
PASC. Sí.
ANDRAD. Hablando ustedes de mí...
PASC. Digo yo... por allí asoma.
ANDRAD. Gracias por tanta amistad.
JUANA. Recordábamos la escena
del jardin.
ANDRAD. Mi amarga pena,
mi desconsuelo... es verdad.
Pasa el acerbo cuidado,
pasan penas destructoras,
y Dios mejora sus horas.
VIZCOND. ¿Pero cómo se ha ingeniado
usted?
ANDRAD. Con astucia harta,
y en el modo se revela.
Usted recibió una esquela,
y yo recibí una carta.
VIZCOND. ¿Una carta?
ANDRAD. Sí, señor.
JUANA. ¿De nuestra duquesa?
ANDRAD. Pues.
Escrita en papel inglés,
y cerrada con primor.
JUANA. ¿Escrita por ella?
ANDRAD. Es claro.
VIZCOND. Es admirable.
CONDES. Pues no
hay duda.
ANSEL. Es muy raro.
CONDES. Yo
no encuentro nada de raro.
ANDRAD. Yo tampoco.
PASC. ¿Qué decia
el billetito en cuestion?

ANDRAD. Nada: era una invitacion
hecha con gran cortesía.
JUANA. Tuviera un placer formal
en ver la carta; lo digo.
ANDRAD. Pues la carta está conmigo,
que al fin es mi credencial.
Y la guardo con razon,
pues entre gentes me encuentro
que quieren saber si entro
con formal invitacion.
PASC. Yo no dudo...
ANDRAD. Puede ser.
Mas no faltará, quizás,
quien, como santo Tomás,
nos diga, *ver y creer*.
CONDES. Por si hay quien la duda parta
de Juana, pienso en rigor,
que debe ser lo mejor
que nos lea usted la carta.
ANDRAD. Condesa...
CONDES. Yo lo deseo.
*(A Andrade.)*
(No hay ningun inconveniente.)
ANDRAD. Si usted se empeña, corriente.
Oigan ustedes, yo leo.
*(Lee.)*
»Me tomo la libertad,
»porque en su bondad confio,
»de ofrecerle, amigo mio,
»mi casa y mi sociedad.
»Para mí la aceptacion
»de usted, será de gran precio...
»Ver quiero entre tanto nécio
»un hombre de corazon.»
*(Entrega la carta al Vizconde.)*
VIZCOND. Aquí firma la duquesa.
ANDRAD. Su nombre, al menos, está.
Usted, vizconde, sabrá
si es ó no su letra esa.
VIZCOND. No la conozco.
CONDES. *(Toma la carta, la mira, y la devuelve á Andrade.)*
Yo sí.

PASC. Pues nos sacude de récio.
¿Dirá lo de tanto nécio?..
VIZCOND. ¿Por?...
PASC. Por usted y por mí.
CONDES. No pronuncia ningun nombre,
señores, y á nadie agravia.
PASC. Reserva prudente y sábia.
VIZCOND. Yo protesto...
CONDES. Vamos, hombre.
Pasa usted tiempo, y estoy
sin la caja prometida.
VIZCOND. No está la apuesta perdida.
CONDES. Paga usted ó hablo.
VIZCOND. Me voy.
CONDES. Espere usted un instante:
la reserva me prometo
de antemano, y un secreto
les diré muy importante.
VIZCOND. ¿A todos nos interesa?
CONDES. Asi debe suceder.
Van ustedes á saber
el traje de la duquesa.
VIZCOND. ¡Bravo!
CONDES. Lleva un dominó
negro, con un lazo hecho
de blanco y grana; en el pecho
una camelia.
VIZCOND. Pues yo
la he visto cruzar.
CONDES. Es blanca
la camelia.
VIZCOND. Buen indicio.
CONDES. Que no me pare perjuicio
el haber sido tan franca.
Vamos, Juana, que la orquesta
convida.
VIZCOND. Una polka...
JUANA. No.
CONDES. Muy pronto se le olvidó
que ha de pagarme mi apuesta.
*(Don Anselmo dá el brazo á la Condesa, y el Vizconde se va por otro lado.)*

## ESCENA V.

DON PASCUAL.—ANDRADE.

PASC. Pues señor, la duquesita
no nos muestra grande aprecio.
ANDRAD. ¿Por qué?
PASC. Lo de tanto nécio...
ANDRAD. ¿Se enoja usted?
PASC. No me irrita.
ANDRAD. Por esa turba enfadosa
lo dice, sin duda.
PASC. Sí.
Y aunque lo diga por mí
no se me dará gran cosa.
Yo al proverbio me remonto,
sin tomarme grave afan,
y digo con el refran
*dame pan y dime tonto.*
Por lo demas considero
que mi talento no es malo,
cuando, para mi regalo,
cuento con mucho dinero.
Y mi orgullo no maltrata
con su desden ó ironía,
quien, dándome tonteria,
me deja recoger plata.
Tomo el mundo como es,
y á sus gustos me acomodo.
Soy filósofo á mi modo.
ANDRAD. Mas que muchos sábios.
PASC. Pues.
Quien bien su fortuna labra
no aspire á mayor empresa.
ANDRAD. ¿Respondió á usted la condesa?
PASC. No señor, ni una palabra.
ANDRAD. ¿Y usted ha instado?
PASC. Tampoco.
ANDRAD. No entiendo.
PASC. Mostrar premura

fuera una grande locura,
y yo, amigo, no estoy loco.
Todo buen negociador
debe quedarse reácio;
y quien marcha mas despacio
llega al término mejor.
He andado en contratos mil.

ANDRAD. ¿Y al logro de sus pasiones
le da usted las proporciones
de un contrato mercantil?

PASC. Obro exactamente igual
en el matrimonial trato,
que en celebrar un contrato
sobre el tabaco ó la sal.

ANDRAD. Mostraba usted mas calor
ayer.

PASC. Es verdad: me gusta;
pero la venda me asusta
que le ponen al amor.
A ojos claros, yo mi ofrenda
presento bien calculada.
Si no le acomoda, nada:
yo no quiero amor con venda.
Mas ya perdemos aquí
el tiempo en vanas razones..,
¿Vámonos á los salones,
que llega el vizconde?

ANDRAD. Si.

PASC. La caja de la condesa
trae, y no es de poco precio.
¿Y este prójimo es un nécio?

ANDRAD. Sí, de los de la duquesa.

## ESCENA VI.

EL VIZCONDE.

Gran figura haré con esta
rica y monumental caja,
completa escusabaraja
que me han trasformado en cesta.

Me he resignado muy pronto
á pagar, por vida mia.
Estaba Juana y temia
que supiese... Soy un tonto.
Me enredo y no sé por dónde
salir de este laberinto:
no poseo ni el instinto
que tiene un perro...

## ESCENA VII.

El Vizconde.—Juana.

Juana. Vizconde.
Vizcond. (Esto faltaba.) Juanita.
*(Medio esconde la caja.)*
Juana. ¿Cómo así tan retraido?
Vizcond. Estoy cansado, molido:
usted si que está bonita.
Juana. Gracias. ¿No baila usted?
Vizcond. No.
El bullicio me molesta.
Juana. ¿Por qué esconde usted la cesta?
¿La oculta usted de mí?
Vizcond. Yo...
Juana. Sé que no puede usted darme
ni una almendra sin permiso,
y no tiene el compromiso
por lo tanto, de brindarme.
Vizcond. ¡Juana!
Juana. No exijo disculpa.
Quien impuso la sentencia,
pues carga la penitencia,
basta que sepa la culpa.
No pretendo esplicacion.
Vizcond. Juanita...
Juana. Se la rechazo.
Vizcond. Pero...
Juana. Deme usted el brazo
hasta llegar al salon.
*(Coje el brazo del Vizconde.)*

## ESCENA VIII.

EL VIZCONDE.—JUANA.—ESPERANZA, *con un dominó como el que ha descrito la condesa, y una camelia blanca en el pecho, por la puerta de la derecha, y don* ANSELMO *á la puerta del foro.*

VIZCOND. Me causa, Juana, sorpresa
tan escesivo rigor,
cuando usted sabe el amor
que me inspira.
*(Viendo á Esperanza.)*
(¡La duquesa!)
ANSEL. *(Al Vizconde.)*
¿Sabe usted si vino el conde?
VIZCOND. No señor.
ANSEL. Me ha dado cita.
VIZCOND. *(Retirando el brazo.)*
Sí. Lleve usted á Juanita
al salon.
ANSEL. ¡Pero vizconde!..
VIZCOND. Me hace gran daño el calor.
ANSEL. Yo no puedo.
VIZCOND. (Talavera,
he dado á usted la cartera;
pido favor por favor.)
*(Hace que Talavera dé el brazo á Juana.)*

## ESCENA IX.

EL VIZCONDE.—ESPERANZA.

ESPER. Vizconde.
VIZCOND. Máscara hermosa.
ESPER. ¿Quién te ha dicho mi hermosura?
Con mascarilla me alabas,
y sin ella quizás huyas.
VIZCOND. Si temes que te abandone,

puedes estar muy segura
que me inclinaré á tu polo,
como el imán de la brújula.

ESPER. ¿Por ventura, me conoces?

VIZCOND. Te conozco, por ventura;
aunque debo contestar
distinguiendo á tu pregunta.

ESPER. Distingue pues.

VIZCOND. Te conozco
de nombre, clase y alcurnia;
pero tu rostro divino
juro que no he visto nunca.

ESPER. Mal cristiano eres, vizconde;
supuesto que en falso juras:
y, por jurar mas en falso,
todo lo cambias y truncas.

VIZCOND. ¿De qué modo?

ESPER. Tu conoces,
mi rostro, por mi fortuna;
y mi origen, y mi clase,
es lo que mas te se oculta.

VIZCOND. Bien. ¿Quieres tomar mi brazo?

ESPER. Para ello vengo en tu busca.
Pero no me has de endosar
como á Juana.

VIZCOND. No me arguyas
de inconstante, porque dejo
una nube por la luna.

ESPER. ¿Y si despues te parece
que mi horizonte se nubla,
me dejarás?

VIZCOND. No lo temas.

ESPER. ¿Por qué?

VIZCOND. Porque ya me alumbra
de tus seductores ojos
la clarísima luz pura.

ESPER. ¿Lo prometes?

VIZCOND. Lo prometo.

ESPER. Has disipado mis dudas,
y, convencida, abandono
esta máscara importuna.
*(Se descubre.)*

VIZCOND. (¡La provinciana!)

ESPER. ¿Qué tiene
usted?
VIZCOND. Yo...
ESPER. ¿Por qué se turba?
VIZCOND. Señora...
ESPER. ¿La bella incógnita
á faz descubierta asusta?...
VIZCOND. No, señora. Pero...
ESPER. Vamos
á disfrutar de la bulla
de los salones; si aquí
placer mayor no disfruta.
VIZCOND. Perdone usted; pero tengo
mucho que hacer, y me abruma...
ESPER. ¿Esa caja?... Es colosal,
y de bombones ó frutas
yo no sé cuantos quintales
en su seno se sepultan.
Pero no importa.
VIZCOND. Si he dicho...
ESPER. Yo haré que los distribuyan.

## ESCENA X.

EL VIZCONDE.—ESPERANZA.—UNA MÁSCARA *exactamente vestida como la última, que sale por la puerta izquierda.*

VIZCOND. Si no puedo...
ESPER. La promesa,
vizconde, ha sido una burla.
Yo me quejaré á mi prima...
VIZCOND. *(Viendo á la máscara.)*
(¡La duquesa!)
ESPER. (Cómo suda.)
Y la diré...
VIZCOND. *(Corriendo á la máscara y ofreciendole el brazo.)*
No me importa.

## ESCENA XI.

ESPERANZA.

Ya le ha dado el brazo. Es mucha
del buen vizconde del Tajo
la gracia y la travesura.
No ví corazon mas pobre
ni cabeza mas estúpida.
El hacendista. Corramos
otro lance de fortuna.
*(Se cubre.)*

## ESCENA XII.

ESPERANZA.—DON ANSELMO.

ANSEL. Tarda el Conde.
ESPER. Talavera.
ANSEL. (La duquesa.)
ESPER. ¿Qué interrumpa
me permitirás tus largas
meditaciones profundas?...
ANSEL. Sí: el deseo de agradarte
es lo que mas me preocupa.
ESPER. Imposible: en tu cabeza
gubernamental se empujan
muchos proyectos bursátiles,
se aglomeran muchas sumas,
para que logre nna máscara
preocuparte.
ANSEL. Solo una
ese influjo y privilegio,
máscara hermosa, disfruta.
ESPER. ¿Y esa soy yo?...
ANSEL. Tú.
ESPER. ¿De veras?...

ANSEL. No cabe la menor duda.
ESPER. ¿Conócesme?
ANSEL. Por la fama.
ESPER. ¿Me favorece?
ANSEL. Te encumbra
de la region de lo bello
á la mas radiante altura.
ESPER. A veces la fama miente.
ANSEL. Ahora no miente.
ESPER. Me adulas.
ANSEL. Digo una pequeña parte
de la pasion que está oculta
en mi corazon.
ESPER. ¿Me quieres?
ANSEL. Con indecible ternura.
ESPER. ¡Ingrato!
ANSEL. ¿Cuando te adoro
soy ingrato?
ESPER. Sí: tu brusca
declaracion, á otra dama
de grandes prendas insulta.
ANSEL. ¿Quién es?
ESPER. La condesa.
ANSEL. Juro...
ESPER. No me vengas con escusas.
Sé que la quieres.
ANSEL. Su edad...
ESPER. ¿Es...?
ANSEL. Cincuenta.
ESPER. La calumnias.
ANSEL. No hablemos de ello.
ESPER. Consiento.
ANSEL. ¿Me harás un favor?
ESPER. Si.
ANSEL. Escucha. El raso de tu careta
es una nube.
ESPER. Que oculta
los mas esplendentes rayos
de mi divina hermosura.
¿No es así?
ANSEL. Cierto.
ESPER. ¿Y tú quieres
que la negra nube huya?

ANSEL. Te lo pido con el alma.
ESPER. A tan amorosa súplica
no he de resistir, y soy
una servidora suya.
*(Descubriéndose.)*
ANSEL. ¡Esperanza!
ESPER. No esperada
y llovida de la luna.
ANSEL. El dominó, la camelia
y el lazo.
ESPER. Lleva con suma
gracia iguales otra máscara
que es de mi misma estatura.
Usted me tomó por ella
en su ofuscacion.
ANSEL. Sin duda.
ESPER. No hemos perdido gran cosa.
ANSEL. Sí; pero ha sido una burla...
ESPER. Cuya impresion pasará
con una polka mazurka.
Vamos al salon.
ANSEL. Señora,
hombres que están á mi altura
no bailan.
ESPER. Pues pasearemos.
ANSEL. No puede ser; ando en busca
del conde.
ESPER. Pues division
total, y buena fortuna.

## ESCENA XIII.

ESPERANZA.

Estoy poniendo á mis gentes
en precipitada fuga,
y mas daño que una oruga
hago en estos inocentes.
Un dominó y un disfraz
los encadena á mis piés,
para dejarme despues

cuando descubro la faz.
Sometiendo uno por uno
á esta costosa esperiencia,
todos van tras la apariencia,
tras la realidad ninguno.
Y su manera de obrar,
tan sin tino, con tal prisa,
si no me causara risa,
quizás me hiciera llorar.
Cada desengaño añade
siempre una gota de hiel...
¡Ay! ridículo oropel!..
Esto importa mas. Andrade.
(*Cubriéndose.*)

## ESCENA XIV.

ESPERANZA.—ANDRADE, *que entra muy preocupado, y se deja caer en un sofá.*

ANDRAD. (Deliciosa animacion
para quien vaga perdido,
y está solo, y tiene herido
y sin fé su corazon.
Tras una sombra me afano,
y la sombra huye de mí.
No ha venido; no está aquí...
En vano la busco, en vano.
Es pobre: no habrá tenido
para fiesta tan brillante,
ni un encaje, ni un diamante,
ni, lo que es mas, un vestido.
Es pobre; pero será,
si quiere, rica, opulenta...
Hará á sus solas la cuenta,
y sin duda lo querrá.
¿Y yo la veré ¡infeliz!
rica, en estraño poder..?
Lo que yo debo querer
es que sea muy feliz.)
ESPER. Un hombre de corazon

es aquel, y solo inspira,
á quien atenta lo mira,
la mas tierna compasion.
Su abatimiento profundo,
su mirada fija y torba,
dicen bien claro que estorba
el corazon en el mundo.)
¿Estás triste?

ANDRAD. (¡La duquesa!
En mala ocasion la encuentro.)
No, máscara.

ESPER. ¿No es tu centro
el baile, no te interesa?

ANDRAD. Muchísimo. Su tropel
y confusa gritería,
me enagenan de alegría.

ESPER. ¿Y por qué no estás en él?

ANDRAD. Estoy cansado.

ESPER. ¿Y no mas?

ANDRAD. Ningun disgusto me asalta.

ESPER. ¿Nada en el baile te falta?..

ANDRAD. Nada.

ESPER. Engañándome estás.

ANDRAD. No te engaño.

ESPER. ¿Por tu honor?..

ANDRAD. ¿Sabes lo que pasa en mí
mejor que yo?

ESPER. Quizás sí.

ANDRAD. ¿Lo sabes mejor?..

ESPER. Mejor.

ANDRAD. Muestras tal seguridad,
que con asombro te escucho.

ESPER. Hablo así, porque sé mucho.

ANDRAD. ¿De mí?

ESPER. De tí.

ANDRAD. ¿Si?

ESPER. Es verdad.
Sé que fuerzas no han quedado
á tu corazon herido.

ANDRAD. ¿Mi corazon ha sufrido?

ESPER. Sí.

ANDRAD. Te equivocas.

ESPER. Cuidado.

Sé que sufres, y me pesa,
pues tengo tu confianza.

ANDRAD. ¿Quién eres?

ESPER. *(Descubriéndose.)*
Soy...

ANDRAD. *(Con júbilo.)*
¡Esperanza!
Creí que era usted la duquesa.

ESPER. ¿Y el cambio..?

ANDRAD. Aplaudo. Despues
de horas largas de fatiga,
encuentro una faz amiga.

ESPER. El alma tambien lo es.

ANDRAD. Con un ardor sin igual,
y con constante cuidado,
señora, la hemos buscado.

ESPER. ¿Usted y...?

ANDRAD. El señor de Real.

ESPER. Mi opulento pretendiente.

ANDRAD. Nada he dicho.

ESPER. Yo lo digo.
Bien puedo hacer de un amigo
un discreto confidente.

ANDRAD. A usted su diestra y caudal
ofrece como hombre honrado.

ESPER. *(Con intencion.)*
¿Y sabe usted que he rehusado
la diestra de don Pascual?

ANDRAD. *(Con júbilo y duda.)*
¿Será cierto?

ESPER. Mi decoro
con esa duda se ofende,
que esta mujer no se vende
por un puñado de oro.

ANDRAD. No es posible.

ESPER. Piensa usted
que quien con oro convida,
á la pobre desvalida
la hace muy grande merced.
Y que, al presentar ufano
don Pascual cuantiosa renta,
debe encontrar puesta en venta,
ya que no un alma, una mano.

En tan comun opinion,
no hallo nada que me asombre;
eso piensa todo hombre
que no tiene corazon.

ANDRAD. Señora...

ESPER. Está el mundo así;
todo el oro lo supera,
y, como de otra cualquiera,
ha pensado usted de mí.

ANDRAD. Esperanza...

ESPER. Usted dirá:
«un banquero la suplica;
»es pobre y puede ser rica,
»no hay duda que lo será.
»Aprovechará la hora,
»y no perderá el tesoro.»
Andrade, ¿por cuánto oro
se vendiera usted?

ANDRAD. Señora...

ESPER. Usted recuerda, quizás,
que yo...

ANDRAD. No recuerdo nada.

ESPER. Yo he sido sacrificada,
pero vendida jamás.

ANDRAD. Esperanza...

ESPER. Sus recelos...

ANDRAD. Tienen una esplicacion.

ESPER. Yo quiero saberla.

ANDRAD. Son...

ESPER. ¿Qué son?

ANDRAD. Hijos de mis celos.

ESPER. ¿Celos?

ANDRAD. Esperanza, sí.
Celos, cuya furia ardiente
era un volcan en mi frente
y en el alma un frenesí.
Celos, mas devoradores
por estar mas escondidos;
al mismo tiempo nacidos
que mis callados amores.
Porque yo desde la hora
en que admiré esa faz pura,
tuve amor á su hermosura,

y tuve celos, señora.

ESPER. ¿Celos?

ANDRAD. Voraces.

ESPER. ¿De quién?

ANDRAD. Celos de la suerte mia,
tan triste que me impedia
aspirar al sumo bien.
Celos de un ente ideal
que hice nacer presuroso;
celos del perdido esposo,
celos del señor de Real.
En mi delirio, lo juro,
aglomeré de repente,
en torno de lo presente,
lo pasado y lo futuro.
Y, para no gozar paz,
ardientes celos tenia
de quien esa voz oia,
de quien miraba esa faz.

ESPER. ¿Sí?

ANDRAD. Un prestigio sobrehumano
hace á mis ojos mas bella...
la alfombra que ese pié huella ..
la flor que toca esa mano...
Y es tan celoso el amor
que á mi corazon devora,
que en este instante, señora,
tengo celos de esa flor.

ESPER. ¿Es posible?

ANDRAD. Es la verdad.
Yo para vencerlos lidio;
pero...

ESPER. ¿Qué?

ANDRAD. A esa flor envidio
su inmensa felicidad.
Y hasta tal punto mi estrella
quiere darme amargos duelos,
que de una flor tengo celos.

ESPER. (*Dándosela.*)
No tenga usted celos de ella.

ANDRAD. ¡Gracias!

ESPER. ¿Se acaban así
los celos? ¿Hay confianza?

ANDRAD. Hay amor.
ESPER. ¿Y fé?
ANDRAD. ¡Esperanza!
ESPER. ¿Qué mas quiere usted de mí?
ANDRAD. ¿Yo? No espero nada mas
que una mirada perdida
para ofrecerla mi vida.
ESPER. ¿Y no olvidarme?
ANDRAD. ¡Jamás!
ESPER. ¿Y adivinar mi contento?
ANDRAD. Sí.
ESPER. ¿Y mis penas comprender?
ANDRAD. Sí.
ESPER. ¿Y en mis ojos leer?
ANDRAD. Cuanto escriba el pensamiento.
ESPER. ¿Y pensar con mi albedrío?
ANDRAD. Una promesa de amor.
ESPER. Bastante dice esa flor.
ANDRAD. *(Cogiendo la mano de Esperanza.)*
¡Ah!
ANSEL. *(Al foro.)*
No está el conde.
ESPER. ¡Dios mio!
*(Se cubre y se vá.)*

## ESCENA XV.

ANDRADE.—DON ANSELMO.—DON PASCUAL.

PASC. *(Llegándose á Andrade.)*
Se fugó. Vendrá despues.
Y parece buena presa.
¿Por ventura es la duquesa?
ANDRAD. Señor de Real es quien es.
*(Se va por el foro.)*

## ESCENA XVI.

DON ANSELMO.—DON PASCUAL.

PASC. ¿Qué víbora le ha picado?...
O Andrade se ha vuelto loco,
ó le debe faltar poco.
¡Vive Dios! que me ha plantado.
Tiene la cabeza vana
porque habló con la duquesa
libremente.
ANSEL. No era esa.
PASC. ¿Quién era?
ANSEL. La provinciana.
PASC. ¡Hombre!
ANSEL. Sí.
PASC. Pues es peor.
ANSEL. Y, si no ha andado muy listo,
apretado se habrá visto
para escapar de su amor.
PASC. ¿Qué dice usted?
ANSEL. Don Pascual,
con su máscara por benda,
esta noche ha dado rienda
á un amor universal.
Pero ni poco ni mucho
nos importa.
PASC. ¿A quién y en dónde
mostró su amor?
ANSEL. Al Vizconde
y á mí aquí mismo.
PASC. ¡Qué escucho!
ANSEL. Era un diluvio, un turbion
de palabras. ¡Qué charlar!...
Y al fin nos quiso llevar
á lucirnos al salon.
PASC. (Buscará un marido, es llano:
y vendrá á pedirme albricias
la condesa. Con noticias
tales no le doy mi mano.

Y la tenia aficion
yo, y para casarme estaba.)

ANSEL. ¿En qué piensa usted?

PASC. Pensaba
en nuestra negociacion.

ANSEL. Mañana juro, pasado
mañana firmo el decreto.
¿Qué promete usted?

PASC. Prometo
diez millones.

ANSEL. ¿Al contado?

PASC. Billete sobre billete.
De comision...

ANSEL. Está bien,
cuatro por ciento. El sosten
es usted del gabinete.

PASC. Disponga usted, Talavera,
de mi crédito y mi plata.
¿Cuándo haremos la contrata?

ANSEL. La semana venidera.

PASC. Nada de licitacion.

ANSEL. Se supone. ¿Para qué?

PASC. Contrato de buena fé.

ANSEL. En que gana la nacion.

PASC. Ciento por ciento.

ANSEL. Es verdad.
Manejándolo con arte,
¿pudiera yo tener parte?

PASC. ¿Cómo parte?.. La mitad.

ANSEL. En ese caso tal vez
nos convendrá una pequeña
variacion.

PASC. Si usted se empeña
aumentaremos un diez.

ANSEL. Cuanto mas cueste...

PASC. Mejor
se podrá hacer.

ANSEL. Es muy llano.

PASC. Pues...

ANSEL. Toque usted esta mano.

PASC. *(Tomando la mano de Don Anselmo.)*
Su banquero y servidor.

## ESCENA XVII.

Don Anselmo.—Don Pascual.—El Vizconde.

Vizcond. Maldita caja: me pesa
tanto, que me dan sudores.
Y no he perdido. Señores,
¿ha entrado aquí la duquesa?
Ansel. ¿Habló usted con ella?
Vizcond. Ya.
Ansel. ¿Es su trato amable?
Vizcond. Sí.
Y, en confianza, por mí
perdida de amor está.
Ansel. ¿Y usted?...
Vizcond. La he jurado fé
ardiente, pura, constante...
Pasc. ¿Y Juana?
Vizcond. Está usted delante,
don Pascual; no lo noté.
Pero tanto me interesa
la duquesa, (su caudal)
que no podré, don Pascual,
vivir ya sin la duquesa.
Pasc. Pues si usted tanto se afana
por la duquesa, vizconde,
y ella no le corresponde,
ni habrá duquesa ni Juana.
Vizcond. Habrá duquesa.
Pasc. Muy bien.
Pero nuestro compromiso
lo rompo, con su permiso.
Vizcond. *Requiescat in pace.*
Pasc. Amen.

## ESCENA XVIII.

DON ANSELMO.—DON PASCUAL.—EL VIZCONDE.—LA CONDESA.—JUANA.—ANDRADE.

CONDES. *(Al entrar.)*
Andrade, le afirmo yo
que está el vizconde de baja.
VIZCOND. *(Saliendo al encuentro á la Condesa.)*
¿Quiere usted tomar la caja?
No pierdo la apuesta.
CONDES. ¿No?
VIZCOND. Lejos de mostrar desden,
noble condesa, imagino
que he estado fino, muy fino,
muy espresivo.
CONDES. ¿Con quién?
VIZCOND. Con la duquesa.
CONDES. No.
VIZCOND. Acudo
á su tribunal.
CONDES. Mal hecho,
pues me ha dicho con despecho
que estaba usted...
VIZCOND. ¿Qué?
CONDES. Muy rudo.
VIZCOND. Es imposible.
CONDES. ¡Por Dios!
Que usted la faltó sostiene.
VIZCOND. Lo veremos. Allí viene,
y dirá...

# ESCENA XIX.

DON ANSELMO.—DON PASCUAL.—EL VIZCONDE.—LA CONDESA.—JUANA.—ANDRADE.—ESPERANZA, *con la máscara puesta, y la máscara que apareció idénticamente vestida, por el foro, la una un momento despues de la otra.*

CONDES. *(Cojiendo al Vizconde de la mano y colocándole delante de las dos máscaras.)*
¿Cuál de las dos?
VIZCOND. No sé.
CONDES. Perdió usted la apuesta.
VIZCOND. Como son dos...
CONDES. Importuna
obstinacion.
VIZCOND. No.
CONDES. Por una
decídase usted.
VIZCOND. *(Señalando á Esperanza que se descubre.)*
Por esta.
¡Ah!
ESPER. Repito, caballero,
aunque con pena lo digo,
que usted ha estado conmigo
siempre rudo, y aun grosero.
VIZCOND. *(A la Condesa.)*
Seguirán nuestras querellas,
porque, señora, es constante...
ESPER. Que ha estado muy galante
con una de mis doncellas.
*(La máscara se descubre y aparece Blasa.)*
¿Aun tiene usted duda?
VIZCOND. ¡Blasa!
PASC. No desconozco su faz.
ESPER. La duquesa, sin disfraz,
ofrece á ustedes su casa.
*(Don Anselmo se acerca á Esperanza: el Vizconde hace lo mismo, despues de haber vacilado; Andrade se retira.)*

Ya terminó mi papel
de pobre: solo queria
saber lo que yo valia
sin títulos ni oropel.

ANDRAD. (Adios, Esperanza incierta,
que eras íris de bonanza.
¡Pura y hermosa esperanza,
apenas nacida muerta!)

ESPER. ¿Por qué tanta turbacion?....
Acabados mis secretos,
voy á ofrecer mis respetos
á las damas del salon.
*(Da un paso.)*

VIZCOND. / ANSEL. El brazo.

ESPER. *(Rechazándolos.)*
Inútil empresa.
A cualquiera se le alcanza,
que á quien dió el brazo á Esperanza
se lo pida la duquesa.
*(Se acerca á Andrade y le coje el brazo.)*

ANDRAD. Señora...

PASC. Me alegro.

ESPER. Sí.
No es mi corazon de cobre;
gusto del que me ama pobre,
y duquesa huye de mí.
*(Se adelantan todos hasta la puerta del foro, y al ver al Conde retroceden.)*

# ESCENA XX.

DON ANSELMO.—DON PASCUAL.—EL VIZCONDE.—LA CONDESA.—JUANA.—ANDRADE.—ESPERANZA.—EL CONDE.

ANSEL. El conde.

ESPER. Primo...

CONDE. He tardado:
pero un asunto muy sério
me detuvo.

ANSEL. ¿El ministerio

se completó?
CONDE. Hemos jurado.
ANSEL. Voy corriendo...
CONDE. Talavera,
no hace usted ninguna falta.
Una exijencia muy alta
priva á usted de la cartera.
ANSEL. ¿No soy ministro?
CONDE. He luchado
mucho, y al fin he cedido.
ANSEL. Lo mismo me ha sucedido
siempre que me han presentado.
Pero vendrá el parlamento
y mi tonante oratoria
alcanzará la victoria.
Adios, duquesa...
ESPER. Un momento.
La estraña conducta mia
debo esplicar, aunque sea
brevemente, no se crea
que ha sido una fantasía.
Fuí muy niña á la razon
de estado sacrificada;
y eché de menos casada
un hombre de corazon.
Enviudé; mi rica herencia
me hizo temer que maridos
encontraria rendidos
á mi brillante apariencia.
Y, para no apurar hiel
segunda vez, decidí
arrojar lejos de mí
todo brillante oropel.
Cansada de desengaños
llegué á Madrid, suerte mia,
y he descubierto en un dia
lo que no encontré en dos años.
*(Señalando á Andrade.)*
Allí late el corazon
que busqué, de pasion lleno;
y tambien hay en mi seno
pasion para su pasion.
Para no perder ahora

el corazon generoso
que tanto busqué, mi esposo
(*Cojiendo la mano de Andrade.*)
presento á ustedes.

ANDRAD. Señora...

ESPER. No hay escusas para mí.
Su delicadeza sé,
pero usted me ofreció fé
aquí mismo. ¿Es cierto?

ANDRAD. Sí.

ESPER. Cumpla usted con confianza
una tímida promesa,
pues no vale la duquesa
nada menos que Esperanza.
(*Andrade besa la mano de Esperanza.*)
Esa muda confesion
alborozada contemplo.

VIZCOND. ¿Seguiremos el ejemplo?

JUANA. ¡Jamás!

PASC. Te sobra razon.

VIZCOND. ¡Qué desgracia, Talavera,
tan grande! ¿Cómo se esplica?...
¡Ni la noble, ni la rica!

ANSEL. Yo he perdido mi cartera.

ESPER. El desengaño es cruel,
pero no encuentra el tesoro
quien corre, pisando el oro,
tras un manto de oropel.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 16 de Octubre de 1853.
Examinada por el Sr. Censor de turno, puede representarse.

*Antonio Benavides.*